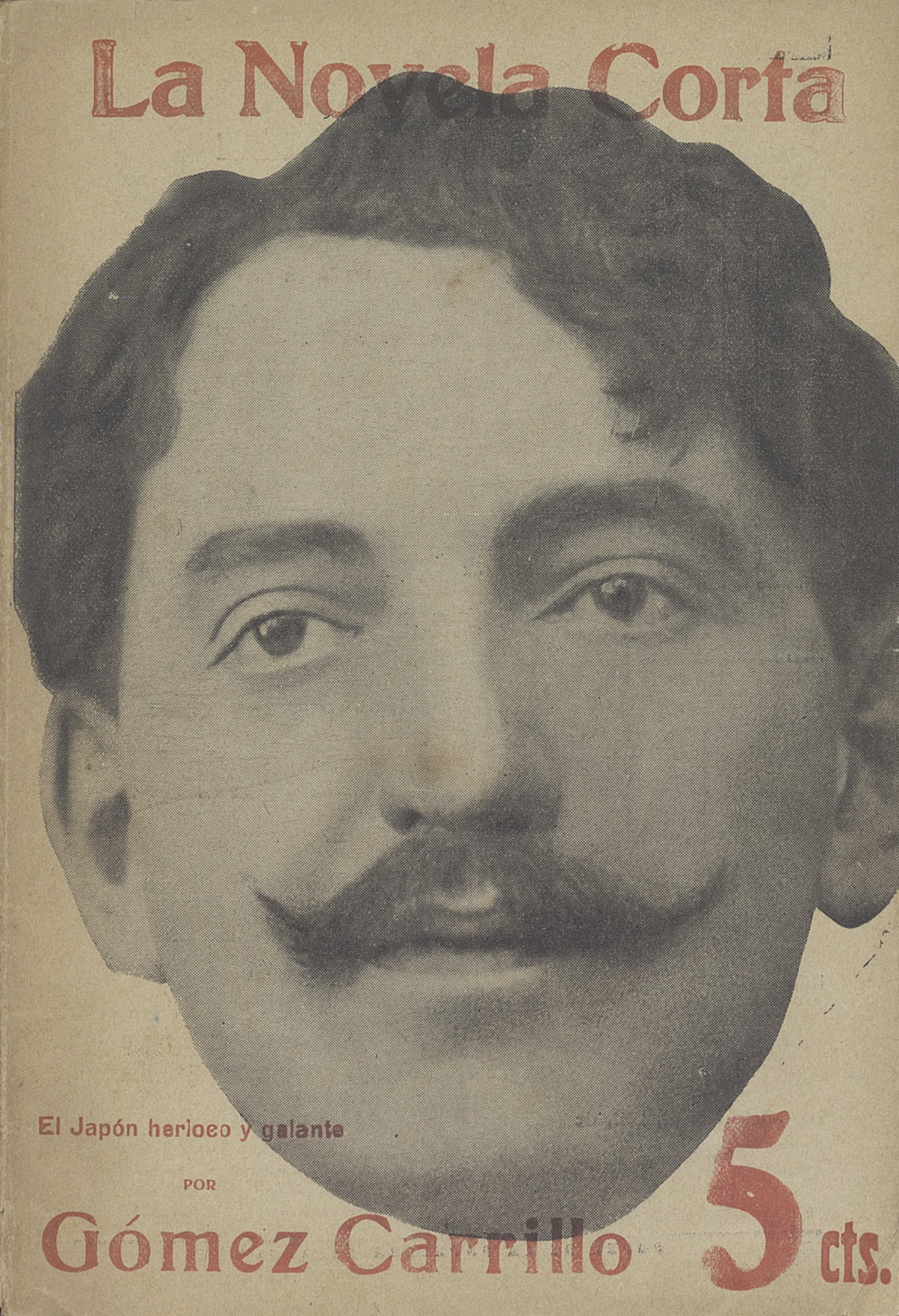
La Novela Corta



El Japón heroico y galante

POR

Gómez Carrillo

5 cts.

Año II Madrid 2 de Mayo de 1917 Núm. 71

La Novela Corta

Fundador y Director: José de Urquía

Números publicados por LA NOVELA CORTA en el presente año:

51.—EUGENIO SELLÉS.—El Tintero de Talavera.
52.—PEDRO DE RÉPIDE.—La Venganza de Julia.
53.—SANTIAGO RUSIÑOL.—El pueblo gris. (Número extraordinario.)
54.—IGLESIAS HERMIDA.—De caballista a matador de toros.
55.—JOSÉ FRANCÉS.—La piedra en el lago.
56.—JOAQUÍN BELDA.—Un Van-Dick auténtico.
57.—AZORÍN.—Los pueblos (Número extraordinario.)
58.—VARGAS VILA.—El maestro.
59.—COLOMBINE.—El perseguidor.
60.—MANUEL BUENO.—Jaime el conquistador.
61.—JOAQUÍN DICENTA.—¡Quién fuera tú! (Número extraordinario.)
62.—AMADO NERVO.—El diamante de la inquietud.
63.—FRANCISCO VILLAESPESA.—Amigas Viejas.
64.—DIEGO SAN JOSÉ.—Murió como un hidalgo.
65.—EUGENIO NOEL.—Amapola entre espigas.
66.—EDUARDO ZAMACOIS.—Europa se va. (Número extraordinario.)
67.—CONCHA ESPINA.—El jayón.
68.—EMILIO CARRÈRE.—El divino amor humano.
69.—GARCÍA SANCHIZ.—Escenas pintorescas. (Diario de un bohemio mundano.)
70.—PEREZ ZÚÑIGA.—Seis días fuera del mundo. (Viaje involuntario) (Número extraordinario.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

El próximo sábado: UN PONTÍFICE DEL OCULTISMO, por

Pompeyo Gener

En breve: EULALIA, de

Valle Inclán

ROSA DE LIMA, de

Guimerá

DE MUJER A MUJER, de

Linares Rivas

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL JAPÓN HEROICO Y GALANTE

Adaptación hecha expresamente para

LA NOVELA CORTA

POR SU AUTOR

Enrique Gómez Carrillo

I

TOKIO

Tokío... La estación de Shimbashi... Los primeros árboles metropolitanos... Y en el tren minúsculo, más pequeño, más ligero que un tranvía madrileño, el movimiento peculiar de toda llegada se inicia; pero no como en Europa, no con febriles impaciencias y curiosidades infantiles, no con ruido ni con alegría, sino grave y pausadamente. Diríase, en verdad, que formamos parte de un cortejo fúnebre y que vamos a apearnos a la puerta del cementerio. Antes de ponerse de pie, los caballeros arreglan de un modo escrupuloso los nobles pliegues de sus kimonos obscuros. Luego, para pasar la mano entre dos vecinos, con objeto de buscar sus diminutas maletas de bambú, hacen reverencias, muchas reverencias, cuatro, cinco, seis reverencias. ¡Y qué reverencias! Los cuerpos se inclinana hasta tocar el suelo con las manos. Son los célebres *plongeons* que tanto llamaban la atención a los antiguos viajeros. Las sonrisas también son las mismas. Cada movimiento supone una sonrisa. Las mujeres, sobre todo, sonríen perpetuamente; las viejas, más que las jóvenes; las niñas, más que las viejas. Aquí, en mi coche, hay hasta media docena de musmés, que no deben tener arriba de quince años, y que de seguro pertenecen a las altas clases sociales.

A primera vista, todas parecen fabricadas en el mismo molde y movidas por igual resorte. Las bocas, diminutas, iluminadas con un ligero toque de carmín, que las hace más pequeñas aún y más infantiles; los ojillos, negros, rientes, luminosos y maliciosos; las manos, finísimas, manos de princesa; y, sobre todo, los peinados, esos grandes, esos caprichosos peinados, que son obras de complicadísima arquitectura; esos peinados, en los cuales hay arcos, círculos, espirales, fuentes y cúpulas; esos peinados, orgullo y tormento de las señoritas niponas, son en todas ellas iguales. Y, sin embargo, parece que los hay de diez y seis estilos distintos. ¡Diez

y seis estilos! Pero tales sutilezas no se ven desde luego. Ahora, lo único que he logrado, después de contemplar a mis vecinitas atenta y respetuosamente, durante las horas del viaje, es convencerme de que no son tan iguales como al principio se me antojara. ¡No! Hay entre ellas diversidad de expresión, de fisonomía y de facciones. De perfil—si puede llamarse perfil a esta silueta de contornos apenas delineados—, nótase que la variedad de tipos es numerosa. Lo que las hace resultar uniformes es el mecanismo de los modales y de las actitudes. En esto, seguro estoy de ello, no hay ni diez y seis ni seis modelos, sino uno solo, único y exclusivo. Envueltas en sus amplios kimonos, mis compañeras de viaje han evolucionado, desde que salieron de Yokohama, con una armonía que me obliga a pensar en aquellos grupos de «sisters» americanos que, imitando a las Barrison, llenan los cafés conciertos europeos de automáticos bailes. En cada circunstancia, en efecto, han hecho el mismo gesto, y lo han hecho del propio modo, con idéncica gracia grave, con igual coquetería discreta. Ahora, para reunir las infinitas e infinitamente pequeñas cajas de laca que les sirven de equipaje, son uniformes gorjeos, uniformes reverencias, uniformes ondulaciones...

***

¡Tokío, Tokío!... Ya sus primeras casas empiezan a aparecer entre árboles floridos. Es la realización de un ensueño muy antiguo, y que todos hemos hecho, leyendo descripciones pintorescas. He allí las paredes de madera, los techos en forma de tortuga, las ventanas que, en vez de vidrios, tienen papeles... He allí las tiendecillas sin mostrador, en las cuales todo está en el suelo en cajitas misteriosas... He allí a los japoneses sentados sobre sus esteras, como en las estampas, con posturas singulares, en equilibrios inverosímiles... Sin duda, todo es tal cual yo me lo había figurado; pero con algo menos de vida, o, mejor dicho, con algo menos de poesía, de color, de capricho, de rareza. ¡Singular y lamentable alma del viajero! En vez de alimentarse de realidades lógicas, vive de fantasmagóricas esperanzas y sufre de inevitables desilusiones. Lo que no corresponde a su egoísmo sentimental le causa tristezas incurables. ¡Y es tan fácil que su anhelo resulte vano!

***

¿Qué le falta a este Japón en que vivo desde hace unas horas para ser mi Japón soñado? Los caballeros que me rodean no tienen nada de europeo en el traje. Por ninguna parte descubro el sombrero hongo ni la *jaquette*, imitación de Londres. Todos son kimonos, discretos kimonos de diario, sin dragones bordados en las mangas, es cierto, y sin vuelos de cigüeñas en la espalda; pero kimonos al fin, verdaderos kimonos, bajo los cuales los cuerpos de bronce van desnudos. El paisaje que se descubre por las ventanillas es la realización de un biombo, con sus pinos de ramas atormentadas y sus campos pantanosos, cubiertos de admirables alfombras de lotos. Para colmo de suerte, hasta tengo a mi lado un grupo

musmés, como antes sólo los había visto en los álbunes de Utamaro y de Toyo-kuny. ¿Qué le falta, pues, a mi Japón real para ser tan bello como mi Japón soñado? ¿Será acaso que yo esperaba, sin darme cuenta de ello, un Tokío igual a Madrid, que los franceses buscan; un Tokío feudal, con samurayes de máscaras feroces, con palanquines rodeados de suntuosidad misteriosa, cortejos de daimios y patrullas de arqueros? No; no lo creo. Los libros modernos, por el contrario, habíanme preparado a encontrar un Japón americanizado. Y, sin embargo, este que veo, y que es muy japonés; éste que veo por la ventanilla, no es mi Japón ideal y delicioso.

***

Helo aquí mi Japón. ¡Amaterasu, diosa del Sol y patrona de Yamato, bendita seas! ¡Y tú también, milagrosa Kamiya San-No-Inari; tú, que curas todos los males y proteges a los que aman; tú también sé bendita! Al apearme del tren, mientras un atleta amarillo acomoda mi equipaje en un kuruma, mi ensueño se realiza. De pie, en la puerta de la estación, una musmé me sonríe, o, mejor dicho, se sonríe a sí misma. Es delgada, pálida, de un color de ámbar claro y transparente, con las venas finísimas marcadas en el cuello desnudo. El óvalo de su rostro es perfecto. Sus ojos, no grandes, pero largos, muy estrechos y muy largos, tienen una dulzura voluptuosa, que explica el entusiasmo de aquellos antiguos poetas nipones que compusieron las *tankas*, en que las pupilas femeninas son comparadas con filtros de encantamiento. Las manos exangües, de dedos afiladísimos, son translúcidas. Los labios, en fin, entreabiertos, en esa sonrisa perpetua; sus labios, húmedos, dejan ver una exquisita dentadura de granos de arroz. Y esta aparición no lleva el traje gris, sin adornos, de mis compañeras de viaje, sino un kimono amarillo pálido, cubierto de lirios blancos, que la hacen aparecer como una primavera de esta tierra, más menuda y menos espléndida que la de Boticelli, pero no menos seductora. Yo la contemplo absorto. Y gracias a ella a su belleza extraña, a su gracia lejana, a su esplendor de leyenda, la vulgaridad de esta plaza de estación desaparece, y un Japón admirable surge ante mis ojos extasiados.

***

Bajo esta lluvia fina, tibia, igual a la del norte de Europa, Tokío me parece poco propicio para recibir a los que llegan a él llenos de ilusiones. Una vez terminado el espectáculo, vulgar, pero animado, de la estación de Shimbashi, comienza el viaje hacia el hotel, viaje eterno, viaje sin fin, en estos vehículos altos y estrechos, tirados por un hombre, que trota lo mismo que un caballo. ¡Ah, la tristeza de esos carritos! Mejor que en la China y en la India, la siento aquí, a causa, sin duda, de las calles, llenas de lodo, a causa también de las distancias enormes.

Hace media hora que corremos por callejuelas sórdidas, y aun estamos lejos. Las carreras, en general, son de una hora; a veces, de dos horas. Los cocheros de Europa pondrían mala cara ante la perspectiva de estas *courses*. Los kurumayas japoneses se contentan con sonreír, satisfe-

chos en apariencia, en el fondo resignados, y echan a trotar por las interminables, por las increíbles vías de su ciudad. De vez en cuando se detienen un segundo para enjugarse el sudor del rostro, y en seguida la marcha continúa, monótona, y para quien no está acostumbrado a verla, más que monótona, angustiosa.

* * *

Yo me figuro que hemos recorrido espacios enormes, la mitad de Tokio por lo menos. En realidad, no hemos salido de un barrio o, mejor dicho, de un «rincón»; y mi guía, que quiere hacerme ver otras calles, da orden a los «señores» kurumayas de que antes de llevarnos al hotel nos conduzcan hácia Shiba-Ku. Esto, según parece, es con objeto de aprovechar el buen tiempo. Y como yo temo una ironía, me explica que aquí hay que escoger entre el lodo y el polvo, y que el lodo es una bendición divina, comparado con el polvo.

—Todas esas gentes que ve usted con quevedos—agrega mi buen *cicerone*—los llevan por el polvo, y no por falta de vista.

Ya había yo notado en Yokohama y en Kobe que apenas hay japonés sin lentes. Los soldados, los conductore de tranvía, los agentes de policía, los horteras, los trabajadores de las fábricas, todo el mundo los usa. Son objetos de necesidad nacional. Y así, es de contemplar la facha extraña de estas multitudes, que pasan bajo los amplios paraguas de papel engomado, en equilibrio sobre sus altas sandalias de madera, con los kimonos arremangados hasta la cintura y los lentes puestos—los redondos, los enormes lentes éstos, que parecen copiados en las caricaturas alemanas—. Me acuerdo de haber visto, hace mucho tiempo, en una pantomima parisiense, a un doctor del Paraguay desnudo, pero con quevedos de oro, y aquella imagen me obsesiona desde hace días, como un símbolo de esta gente.

Porque el traje, aun el traje nacional, es aquí una excepción. En cuanto llegan a su casa, los japoneses se quitan el kimono, lo mismo que nosotros nos quitamos el abrigo. En el campo, niños y niñas van desnuditos, hasta la edad de diez años. ¡Pero qué digo en el campo!

En Tokío, en Kobe, en Yokohama, en Osaka, en todas las grandes ciudades, es frecuente ver a las mujeres con el torso completamente desnudo, dando de mamar a sus hijos en las puertas de sus casas. En cuanto a los hombres que reman en los canales, de un extremo del Imperio al otro, van lo mismo, es decir, sin más traje que un taparrabos, un simple taparrabos de salvaje.

Esto no debía de extrañarme, puesto que ya lo sabía.

* * *

Pero ¿acaso no sabía también que las calles eran así como las veo, estrechas, tortuosas, sucias, sin aceras y sin empedrado?... ¿Acaso no había leído antes de venir mil descripciones detalladas y escrupulosas?... Sí. Lo que ahora veo en la realidad ya me era, por los libros y las estampas, familiar. Esos canales de aguas negras, que cruzan la población en todo

sentido y que en las horas de la marea se llenan de sampanes, cargados de pescado seco, de arroz, de madera, de pieles; esas calles céntricas, en que todo el mundo vive fuera, en que se cocina en medio del arroyo, en que los niños juegan entre el lodo, en que las gallinas escarban la tierra lo mismo que en el campo; esas casitas, que son grandes cajones cubiertos de tejas negras, y en cada una de las cuales, indispensablemente, hay una tiendecilla de cualquier cosa, donde toda la familia vende y nadie compra; esos hombres sudosos, que arrastran carretas cargadas de sacos enormes; esa falta de color, de brillo, de alegría general, en fin, ya lo conocía yo. Pero la realidad, esta vez, es más completa, más intensa que la visión.

Yo no me figuraba este barniz negro, uniforme, con que los japoneses pintan y adornan sus casas, y que da a las calles un aspecto de duelo. En las horas de sol, los comerciantes ponen en sus puertas colgaduras negras, con letras blancas, iguales a las que en nuestras ciudades anuncian un muerto. Es la moda. Y cuando uno viene de la China calumniada, cuyas calles son alegres cual una feria, en donde las banderas amarillas, con sus dragones rojos, ondean ante cada ventanilla; en donde los niños gritan y los hombres cantan, todo esto se hace más sombrío, más sórdido, más siniestro de lo que en efecto es.

*
* *

Llevamos un par de horas recorriendo las calles, las mejores, las más animadas calles, y aun no hemos podido admirar algo. La lluvia ha cesado por completo. En el cielo, que va limpiándose poco a poco, delicadísimos tonos verdes, de un verde transparente de esmeralda, aparecen a medida que las nubes huyen. Una claridad casi blanca, algo que es como un claro de luna extraordinario, envuelve la ciudad en un velo, que suaviza los contornos y embellece los objetos. Cada vez que pasamos ante algún jardín, vemos los árboles cubiertos de gotas de lluvia, que brillan como si estuvieran floridos de perlas. Los niños, medio desnudos, amontonándose en medio del arroyo, forman exquisitos grupos de bronce viviente. De vez en cuando, una musmé pasa, rítmica y menuda, bajo la aureola blanca de su paraguas de papel.

Sólo las calles continúan siempre feas, de una fealdad miserable, feas de lodo, feas de pobreza, feas de humildad. Ninguna gracia las redime. Son sórdidas con resignación, casi con gusto. Los vecinos se sirven de ellas como de dependencias de sus casas. Lo que no cabe en la cocina, o en el patio, o en el corral, se pone fuera. Las cajas viejas, las carretas rotas, los cestos de la basura, los trapos mojados, fuera, fuera. Los gallineros y los *nichos* de los perros, fuera. Los yunques de los herreros, fuera. Las tinas de teñir, con sus piezas de género que chorrean gotas azules, fuera también, fuera. Y para colmo de males, el progreso, que no se ha acordado de hacer aceras ni de poner alumbrado público, ha sabido, en cambio, aumentar el horror de lo que ya existía con la novedad de sus hilos telegráficos y telefónicos. ¡Oh, esas redes infinitas! No podéis figuraros igual tela de arañas. Por las callejuelas más humildes son centenares los alambres y centenares los postes que los sostienen.

gos, no es una leyenda. En donde no hay ni cama ni trajes, hay teléfono. En las esquinas, en todas las esqninas, se ven quioscos con un letrero que dice: «Teléfono público». ¡Y así, lo europeo se reduce a algunos sombreros hongos y a muchos aparatos telefónicos!

*
* *

En el hotel (uno de los tres únicos hoteles europeos de esta ciudad de dos millones de habitantes), mi *cicerone* me conduce al comedor, y, ¡oh sorpresa!, lo encontramos vacío. Ni mesa ni sillas. Sobre la alfombra, en uno de los extremos, las más amplias, las más blancas esteras que ojos humanos han visto. Delante de la chimenea, una selva verdadera de árboles liliputienses. Encinos de una cuarta, con sus troncos rugosos; cipreses centenarios, del tamaño de una muñeca; pinos esbeltos, que no le llegarían a la rodilla a un niño; toda la flor enana de este pueblo singular, en fin, está allí artísticamente reunida. Dos musmés entran, y empiezan a disponer sobre las esteras una gran cantidad de almohadones de terciopelo negro, iguales a los que en las iglesias protestantes cubren los reclinatorios. Mi guía comprende entonces de lo que se trata.

—Sin duda, de una comida japonesa—me dice—, de alguna boda aristocrática o de cualquier aniversario.

En efecto, los invernaderos del hotel, que conservan su aspecto, y en donde, según parece, por lo general no hay sino unos cuantos ingleses que bostezan, están ahora llenos de japonesas y japoneses, todos en traje nacional, todos suntuosamente ataviados. Y en este *decor* europeo, de altas plantas tropicales, de me edoras de bambú, de candelabros de bronce con centenares de luces eléctricas, experimento la sensación de no haber salido de París y de encontrarme en el *hall* del Continental o del Ritz una noche de baile de máscaras. La música misma, que viene nadie sabe de dónde, contribuye a esta ilusión. Es una melopea lenta y monótona de voces de guitarras; una de esas melopeas que se oyen en todos los cafés conciertos cuando van a bailar, vestidas de guechas, algunas muchachas de Montmartre.

Pero poco a poco mi visión cambia. No es una fiesta de trajes, no. Es un invierno biombo antiguo que se ha animado, que vive, que sonríe. Todos esos seres parecen bordados en seda o pintados a la acuarela. ¡Son tan correctos! ¡Son tan solemnes! Cada vez que dos personas se encuentran, salúdanse, como en los pasos de lanceros, pero con mayor lentitud, con más gravedad. Ellas, sobre todo, musmés frágiles, tienen una manera deliciosa de inclinarse, hasta tocar el suelo con las manos, y luego de volverse a inclinar, y en seguida de inclinarse de nuevo en series de reverencias interminables, y todo sin decir una palabra, sonriendo, no sólo con sus labios carnosos, sino también con los ojillos negros y con las mejillas pálidas; sonriendo con todo el rostro con todo el cuerpo y con todo el traje también. Porque aquí no hay un solo kimono obscuro, como los que se ven en la calle. Las telas son alegres, claras, rientes, llenas de vuelos de pájaros o de ramajes floridos, lo mismo que en las estampas. ¡Y qué decir de los peinados! Esta vez sí creo recuperar los diez y seis estudios de [illegible]

de *bandeaux*, de cenefas, de ondulaciones. Lo único que no veo son los antiguos alfileres, que al parecer ya no se usan, y que eran tan decorativos.

Lo que me sorprende es la diferencia enorme que existe entre estas musmés aristocráticas y las muchachas del pueblo que he encontrado por las calles. Ni siquiera de la misma raza parecen. Estas son delgadas esbeltas, con rostros alargados, con ojos garzos, mientras las otras, las plebeyas, tienen caras achatadas, párpados oblicuos y cuerpos regordetes. Los historiadores creo que se explican tal diversidad de tipos, asegurando que de los dos invasores que poblaron el Japón, hace tres mil años, los altaicos, venidos de los montes Urales, bellos y blancos, formaron la clase samurai, mientras los otros, malayos de Filipinas, enanos y amarillos, se mezclaron con los indígenas ainos y crearon el pueblo. Sin tan plausible explicación, el fenómeno sería incomprensible, pues no se trata, como en Europa, de afinamiento mayor de una casta, sino de diferencia verdadera en la estructura, en las facciones, en el color. Estas damiselas de los kimonos suntuosos, que ostentan en las mangas el blasón de sus familias, bordado en campo blanco, son de un ámbar claro y translúcido, sin mancha ninguna de sangre obscura y apenas más morenas que las españolas de Andalucía. Las otras, en cambio, son de color de bronce, lo mismo que las indias de América.

II

EL YOSIWARA

Por fin me hallo en el *Yosiwara*. Los poetas dicen «la ciudad sin noche». Pero mejor harían en llamarla ciudad sin día, puesto que es la cristalización de una bella noche de placer. Todo, en efecto, es aquí nocturno. En los árboles, entre las ramas obscuras, resplandecen como frutos de encanto las más variadas linternas de color. Las farolas inmensas que se mecen ante las puertas, forman una interminable guirnalda de luz. Las tiendecillas de cosas inútiles, los bazares de frivolidades resplandecen como santuarios, y cada una de esas casas de té que ocupan los ángulos de las calles, parece, con sus músicas apagadas y sus iluminaciones caprichosas, el palacio de algún hada amarilla.

Mas lo que mayor sorpresa nos causa a los que venimos por primera vez a este parque de flores vivas es la perpetua exhibición de mujeres que sonríen dentro de sus jaulas. Yo ya había leído descripciones detalladas del espectáculo. A través de las páginas de Loti y de Lowel, había visto a las musmés colocadas en sus escaparates, como juguetes de carne, que todo el que pasa puede comprar. Las había visto también en las estampas de Toyo-kuny y de Utamaro, suntuosamente vestidas con trajes de antaño, inmovilizándose en posturas de iconos bárbaros. Pero he aquí que la realidad es mucho más bella, mucho más impresionante. Nada, en el espectáculo que contemplo, de la tristeza que temía. Las cortesanas no parecen resignadas, sino contentas de exponerse así, envueltas en magníficas sedas, a las miradas del público. En sus ojos negros, tan expresivos y tan ardientes, refléjase el orgullo de sus almas. Sus frentes, lejos de inclí-

narse, como las de sus hermanas de Occidente, álzanse serenamente altaneras. Son divinidades populares, menudas diosas vivas, ídolos tangibles. Y ellas, que lo saben, gozan de su prestigio y se complacen en su poder.

Las jaulas tienen un lujo fabuloso. En el fondo, biombos de laca, con incrustaciones de nácar y de oro limitan el espacio. En el suelo, sobre las blancas esteras, almohadones de terciopelo sirven de asiento a las musmés. Ellas permanecen allí quietas, pero no inmóviles, como los viajeros las pintan. Delante de cada sitio hay un espejo, y el espejo es, para todas las mujeres, un objeto precioso que basta a entretenerlas horas enteras. Cuando no se ven, se dejan ver. Sintiendo la admiración con que los paseantes contemplan los amplios peinados, gozan íntimamente. Luego, por hacer algo, arreglan los amplios pliegues de sus kimonos claros, de manera que los dragones áureos y las quimeras de plata no tengan las alas arrugadas.

Así esperan.

Y cuando, detrás del biombo, una voz las llama, levántanse sin apresurarse. El amor aquí no tiene prisas ni impaciencias. Es un rito.

***

¡Oh las complicaciones, las dificultades, las ceremonias, las tardanzas, la etiqueta de estos idilios de paso! Un código antiquísimo establece los menores detalles con una rigidez digna de la corte de Carlos III. Cuando la oirán penetra en la vasta sala donde nos introdujo el portero, es necesario recibirla como si fuera una princesa. Pero ¿acaso no lo es? Las dos maikos que la acompañan llevan su cola lo mismo que en un cortejo palaciego. Ella se iclina grave, pausada. Sus manos tocan el suelo a cada inclinación. Luego se sienta. Nosotros debemos sentarnos a su derecha, debemos sonreir, debemos tomar la tacita de té que nos ha traído una musmé. Una vez la tacita vacía, nuestra novia se pone de pie, saluda, se aleja. Nosotros no debemos movernos. Y los minutos transcurren; dos, tres, cuatro, cinco minutos de esos muy largos de los ratos de soledad inquieta. Y con un poco de zozobra acabamos por preguntarnos si ha sucedido algo extraordinario, si nuestra muñeca se ha fugado con un samuray, si nos ha dejado para siempre solos en la sala desierta... Pero no. De pronto, las dos maikos aparecen (se inclinan, saludan), y nos invitan a que las sigamos por un amplio corredor de maderas preciosas. Las seguimos. Nuestros pasos hacen crujir las tablas, acostumbradas a seres más ligeros. Y al fin de mucho andar, nos encontramos en la alcoba, en el nido de amor. Contemplamos con gusto el colchoncillo de estera que sirve de cama. ¿Podemos acostarnos? Todavía no. Las prisas son cosas desconocidas en el Yosiwara. Es necesario que las maikos desnuden con sus dedos de marfil ahumado. Y queramos o no queramos, protestemos o no protestemos, lo mismo da, pues a la postre tenemos que ceder ante la ley ineludible del lugar. Con gestos menudos y movimientos rítmicos, las chiquillas nos despojan de nuestras prendas más íntimas. Ya desnudos, el ritual exige que nos dejemos bañar y perfumar, para que las sábanas de hilo nos sean hospitalarias. Está bien. Las manos inocentes de las maikos nos secan. Y ya

estamos en el lecho, en el tálamo nupcial... Pero estamos solos. Entre muchas reverencias, las dos servidoras se han ido, dejando cerrada la puertecilla de papel que da al corredor. Una linterna rosa ilumina con reflejos muy vagos la habitación vacía. Sobre los tabiques blancos corren sombras fantásticas, que la linterna proyecta. Son ibis, que abren sus largas alas entre bambús. A lo lejos, una orquesta de guitarras de dos cuerdas preludia una melodía. Y nosotros seguimos solos, solos, solos. Ningún ruido. ¡Ah, sí! Un ligero murmullo de sedas, un paso felino, un perfume penetrante de jazmín. ¿Es ella? Es ella que llega, ya no rígida dentro de su traje bordado de dragones y de quimeras, sino envuelta en un ondulante kimono de tul claro. ¡Es ella! Las dos maikos la acompañan hasta la orilla del lecho. Y los saludos principian de nuevo, los saludos solemnes, los saludos lentos. Después de saludarnos así, se acuesta a nuestra izquierda. Y por fin, siempre sin prisa, las servidoras leales cubren el nido con un velo verde.

¡Oh las complicaciones y las tardanzas! ¡Oh las dificultades infinitas para poder al fin estrechar entre nuestros brazos, más curiosos que ardientes, a la muñeca que escogimos en el escaparate de laca!

*
* *

¿Quién podrá conocer jamás el fondo de estas almas femeninas? El vicio, que en otros países marca a las cortesanas con su hierro candente, aquí no las ha tocado aún. Siendo infames, las oirán del Yamato son ingenuas. La historia está llena de ejemplos de mujeres que salieron del Yosiwara para ir a ocupar muy altos sitios en la corte; y hoy mismo se cita a más de un magnate casado con antiguas huéspedes de este barrio. Los japoneses respetan, y hasta podría decirse que veneran, a las vendedoras de sonrisas. Cuando los extranjeros penetran en la ciudad sin noche, el orgullo nacional está satisfecho. En Kioto, un profesor de la Facultad decía a André Bellesort:

—No asegure usted que conoce esta antigua capital... Usted ha visitado los templos, los teatros, los palacios, los jardines, los restaurantes lujosos; usted ha vivido la vida japonesa; usted ha tomado té en las casitas de los artesanos; usted conoce a toda la gente de su barrio. ¡Pero eso no basta! Usted no ha puesto los pies en el Shimabara; usted no ha saboreado una copa de saké en compañía de nuestras mujeres maravillosas. No puede, pues, saber usted lo que es el noble Japón antiguo.

Las cortesanas, en efecto—y no sólo las nobles oirán de Kioto, sino cualquiera musmé de Tokío—, las cortesanas y las guechas, son las que con más arte conservan aún los esplendores de antaño. Los samurayes, aunque siempre legendarios de alma, han perdido sus sables de laca y sus túnicas de seda. Los príncipes mismos se visten sin la pompa de la época de Nobunaga. Sólo ellas, las frágiles muñecas amorosas, ostentan todavía los kimonos de damasco riquísimo, sobre el cual la fantasía sabia de los bordadores de antaño dibujó los pájaros más raros y los monstruos similares.

*
* *

El Yosiwara es un pueblo de supersticiones y de leyendas. Cuando las oirán, en sus largas horas de ocio matutino, evocan el recuerdo de las mujeres ilustres que vivieron aquí, una claridad orgullosa ilumina sus rostros negros. Los nombres de las que supieron vivir y morir en belleza inspiran tanto respeto como los de las poetisas nacionales. Los sacerdotes del gran templo Asakusa, parroquia de las vendedoras de sonrisas, conservan en misteriosos relicarios objetos que pertenecieron a hetairas de antaño. Yo mismo, aunque indigno, he tocado con mis manos extranjeras un obí de seda que envolvió la cintura de cierta bella cortesana. El respetable bonzo que me lo enseñaba decíame al mismo tiempo la historia de aquella «virtuosa oirán», que había muerto de amor. Lo de «virtuosa» no pudo menos de chocarme. En mi ignorancia, yo no sabía hasta hace pocas semanas que una hetaira, en el Yomato, puede ser un modelo de honestidad.

Pero ahora ya van iniciándome. Los poemas populares me hacen ver que suele llamarse casta a una cortesana siempre que lo haya sido en espíritu. La dueña del obí que yo he tocado cual una reliquia, lo fué, y así lo proclaman los más austeros textos. Otra que también tuvo desde el día de su muerte la gloria de ser puesta en romances, es la dulce Kane, cuyos trajes de seda blanca, cubiertos de iris de oro, son guardados como tesoros en las casas más ricas del Yosiwara. De ésta no se sabe sino que amó a todos los que la amaron, y entre todos, a uno, que fué su preferido. Una carta suya, escrita antes de morir, explica la razón de su suicidio. Hela aquí esa melancólica carta, tal cual la guardan en sus álbumes las mujeres que aman:

«Señora y ama mía: Como bien lo sabéis, desde la primavera comencé a amar a Tasiro, y él también comenzó a amarme. Pero ahora, ¡ay!, la influencia de algún espíritu oculto ha herido de muerte nuestras relaciones; y como no puedo acostarme al lado suyo, voy a buscar, bajo el césped del Meido, el único lecho en que mi cuerpo debe permanecer solo.»

Ese lecho eterno en que los restos de la dulce Kone reposan, es un lecho de flores. Todas las que aman sin esperanza, en efecto, cubren su tumba de crisantemos y de camelias. En cuanto a Takao, famosa entre las famosas, no fué una desesperada, sino una convertida. Su historia no habla ni de pasiones violentas, ni de tentativas de suicidio, ni de grandes sacrificios amorosos. Fué una de las más bellas de su época. Los príncipes la cortejaban. A sus fiestas asistían los poetas y los filósofos más conocidos. Pero su celebridad no la debe a todo esto, sino a un demonio, que la poseyó durante catorce meses, haciéndola sufrir las más espantosas penas. Cuando un ermitaño pudo, gracias a sus exorcismos, librarla del espíritu diabólico, la bella se retiró a un monasterio, en donde compuso algunos poemas religiosos, que hoy todos los eruditos saben de memoria, y que figuran en las antologías populares. La poesía es, entre hetairas japonesas, un pasatiempo corriente. Cuando no saben en qué emplear sus horas de descanso, cogen el pincel y dibujan tankas eróticas o sentimentales, imitando el estilo clásico de Takao.

Hay en la historia del Yosiwara un nombre que, no sólo las cortesanas veneran, sino nombre nacional, que hasta los príncipes pronuncian con

orgullo. Es el de la cortesana que se vende, no por vicio ni por vivir mejor que en su hogar, sino para dar de comer a sus padres. En este punto no hay en todo el Imperio dos opiniones. Desde el más reaccionario hasta el más modernista, todos los japoneses exclaman:

—Hace bien.

El propio novio de la mujer que por tal causa se prostituye, inclínase murmurando:

—Hace bien.

La aventura de Gompachi es muy popular. Este fiero capitán entró una noche en una venta de los alrededores de Yedo, y como estaba cansado, durmióse apenas se echó. En medio de la noche, una mujer, una niña, mejor dicho, acercóse a su lecho y le dijo:

—Señor: este lugar no es un hotel, sino una madriguera de asesinos. Dentro de un minuto os habrán cortado la cabeza. Yo misma no soy aquí sino una cautiva. Los bandoleros estos me han encerrado para exigir un rescate a mis padres, ricos comerciantes de Mikana.

Gompachi cogió su sable y se puso en acecho. De pronto, el jefe de los bandidos entró en su habitación, creyéndole dormido. Gompachi le mató. Los otros, viéndose sin tener quien los mandara, huyeron. Y Gompachi dijo a la bella:

—Venid, que os lleve a vuestro hogar.

Los padres lo recibieron con gran entusiasmo.

La muchacha murmuró a su oído:

—Te adoro.

—Yo también—dijo el capitán—; pero como ahora estoy sin acomodo, debo, antes de casarme contigo, buscar algo. Espérame y seme fiel...

—Hasta la muerte.

Fuése a Yedo. Buscó una plaza en las tropas de los señores. Pasó el tiempo. Y un día, viendo que la gente hablaba de una nueva cortesana bella como el sol, decidióse a dar un paseo por el Yosiwara. ¡Cuál no sería su sorpresa al reconocer a su novia tras las rejas de la jaula!

—¡Encontrarte aquí, yo que día y noche pienso en ti! ¡Yo que viv es, erando el momento de hacerte mi esposa!

—¡Ah, amado mío! Mi historia es la más triste del mundo. Mis padre han perdido todo lo que tenían, y como se encuentran en la miseria, yo he vendido este miserable cuerpo para poderlos salvar de morirse de hambre.

—¡Pobre amada mía!... ¡Y pensar que no tengo con qué rescatarte!... Pero te juro que aun aquí te adoraré y viviré a tu lado.

A su lado, en efecto vivió; y como para penetrar en la casa verde tenía necesidad de dinero, comenzó por robar y acabó por asesinar. La policía lo cogió una noche en el momento en que desvalijaba a un mercader. Los jueces lo condenaron a muerte. El verdugo lo decapitó.

Cuando su querida, la bella Komurasaki, lo supo, vistióse con su más suntuoso traje, se puso en la cabellera sus alfileres más ricos, perfumóse con meticuloso cuidado y se encaminó hacia la tumba del ajusticiado. Allí oró largas horas. Luego, sin llorar, dióse la muerte. Los frailes de un monasterio vecino la encontraron al día siguiente inmóvil, pálida y son-

riente. Primero creyeron que estaba dormida. Pero cuando se convencieron de que había muerto, y cuando supieron cómo y por qué, la enterraron al lado del hombre que tanto la amara. En una piedra, que todos los japoneses veneran, grabaron el epitafio siguiente, escrito en versos sabios:

«Estas dos aves, bellas cual flores de cerezo, desaparecen antes de la hora, como las flores que el viento arranca a las ramas, sin dejarlas llegar a su madurez.»

Esta tumba es hoy un santuario, en el que todos ponen una flor.

Las cortesanas actuales suelen invocar los nombres de éstas y otras no menos ilustres abuelas, para pedirlas que intercedan por ellas en el reino de las sombras que rigen los destinos del mundo galante. Los dioses nacionales no tienen ningún odio contra las que venden sus caricias. Son dioses hechos a imagen y semejanza de los hombres, lo mismo que los de todos los países. Y así como los samurayes más fieros no tienen inconveniente en tomar por esposa a una oirán linda, las divinidades más severas no creen manchar el cielo admitiendo a las que amaron mucho a muchos hombres. Las historias de pecadoras que entraron en el Paraíso, sin necesidad de arrepentirse, formarían una interminable leyenda dorada del Yosiwara.

***

Pero al lado del ángel, en éstas, como en todas las mujeres, existe el demonio. Aun las más castas en espíritu adoran al dios de la lujuria.

Cuando las camareras han levantado el colchón de esteras y recogido las mantas de hilo, en la alcoba no queda sino la almohadilla de madera, sobre la cual la oirán apoya su cabeza para dormir sin despeinarse. Contemplad ese minúsculo mueble solitario. Parece una butaca de ébano para una muñeca, o un banquillo de esos en que las musmés de Europa ponen sus pies, calzados de seda. En readidad, es el arca de los secretos y de los tesoros. En su interior se meten por una puertecilla misteriosa los regalos del galán de paso y las cartas del amante preferido. Una tanka dice:

Cuando estoy sola con mis caprichos,
¡oh lo que encuentro oculto,
lo que encuentro,
sin que los otros lo sepan,
en mi almohada íntima!

Y esto que encuentra es, además de las cartas amorosas y de los regalos galantes, el indispensable álbum erótico.

¿Quién no ha hojeado con curiosidad uno de esos libros que en Europa los mercaderes de japonerías venden de contrabando, y que en Tokío se encuentran en todas las librerías? Los hay magníficos de aspecto, con sus pastas de laca, incrustadas de nácar, y los hay tan humildes, que parecen textos de primera enseñanza. Pero, ricos o pobres, obras de artistas egregios o labores de malos copistas, todos tienen igual carácter de frenesí amoroso. La indumentaria misma de las figuras contribuye a producir un efecto extraordinario de refinada obscenidad. Porque en este Japón sin-

gular, donde las mujeres se bañan en público y donde los hombres, desnudos, se pasean por las calles, las venús más locas y los más desvergonzados faunos se envuelven, cuando un pintor los evoca, en suntuosos mantos de seda. Nada de desnudeces, efectivamente, en el arte. Hasta durante los minutos de suprema epilepsia, los que se aman están representados con sus trajes. Lo único que el artista se permite, es abrir el kimono desatar la cintura, recoger las mangas... Y es milagroso, os lo aseguro, poder hacer todo lo que estos actores de la gran comedia carnal hacen sin desgarrar sus vestiduras. En equilibrios dignos de funámbulos consumados, retuércense y forman monstruosas figuras con dos cabezas y cuatro piernas.

El argumento es siempre el mismo. En la primera estampa vemos al caballero, que, lleno de mimos, corteja a la dama. El traje de ambos es impecable. Ni el menor ademán indica que sea aquel el primer acto de una tragicomedia de la más refinada lujuria. En la segunda página, ya una mano indiscreta ha entreabierto el kimono femenino. El rostro de la mujer indica un ligero espanto, mientras en el rostro del hombre una sonrisa triunfa. Ya en la tercera estampa el equilibrio de los cuerpos está perdido, y las cien fases del vértigo principian. Cuando digo cien, no exagero. Tampoco cuando digo vértigo. Todo sufre, en efecto, y todo se crispa durante los idilios vertiginosos. Los pies y las manos se retuercen. En los ojos se lee el asombro o el dolor. Las piernas se trenzan en inconcebibles espirales, mientras los brazos forman lazos serpentinos. ¡Y esas bocas! En este país, donde el beso es desconocido, los dientes parecen tomar tanto interés como los labios en las caricias. A veces la mujer aparece como cortada en dos pedazos; luego es el hombre el que desaparece a medias bajo el cuerpo femenino. Más de una vez, uno no logra explicarse, por más imaginación que tenga y por más optimismo que emplee, lo que algunos cuadros representan. Las cabezas se pierden y los miembros se multiplican. La ondulación de los kimonos hace pensar en una cortina de damasco, echada sobre una sierpe en delirio. Las columnas vertebrales son de acero flexible. Y de vez en cuando, como para establecer un punto de partida, la escena cambia, y aparecen, iniciando apenas el acto carnal con sus falos enormes, los músculos caballeros amarillos.

Las oirán hojean largamente estos álbumes, que suelen ser obras de pintores famosos, y en sus ojillos negros enciéndense, cada vez que una página pasa, chispas diabólicas de lujuria.

***

En la casa que con más frecuencia me es hospitalaria, he encontrado una edición popular del *Anuario del Yosiwara*, de Jipensha Ikku. Este libro, gracias a Goncourt, que lo tradujo y lo comentó, es en Europa muy conocido. Pero aquí, en el ambiente que inspiró sus párrafos, la lectura adquiere una importancia mayor. Páginas que antes, en la versión impresa, no me habían producido la menor sensación, ahora que mi guía me las traduce verbalmente, parécenme llenas de enseñanzas. «Las mujeres que aquí encuentras—dice el texto—, han sido educadas como princesas. Saben leer, escribir; conocen las artes, la música, la cortesía; son, en fin, es-

pientísimas en la ciencia de perfumarse, de amar... Y no sé si es una candidez; pero en verdad os digo, estas líneas me encantan, por lo que en ellas creo encontrar de exacto y de irónico. El autor no exagera, no miente, no vela. Lo único que hace, para no parecer demasiado crédulo, es envolver en sonrisas sus datos. Yo saboreo las sonrisas y aprovecho los datos. He aquí uno muy digno de atención:

El día de año nuevo, las dueñas de las casas verdes celebran un concurso de elegancias entre cortesanas. Cada una tiene derecho a vestirse como se le antoja. Todos los caprichos son respetados; el premio es para la que más ventaja saca de sus combinaciones suntuarias. Esto constituye la primera fiesta del año en el Yosiwara. La segunda es el cambio de cama. La cortesana recibe cada doce meses un colchoncillo nuevo, que en general es regalo del amante preferido. «Este—dice el *Anuario*—tiene derecho a estrenarlo.» Otro dato curioso, que tomo como un consejo, es que entre las oirán, las más complacientes y las más voluptuosas, no son esas que ríen, haciendo mimos de gatas, sino las otras que, melancólicas y calladas, parecen pensar en un muerto. El buen Jispensha Ikku es psicólogo sutil. A su entender, la que charla con todo el mundo y ríe como una loca, pero que no pierde de vista a la propietaria, es una chica caprichosa, que sabe vivir. La que escribe a menudo cartas, es mujer de orden, que no quiere perder su clientela. La que, por lo común, calla y lee, es dama que sabe hablar. La que juega con una muñeca, en fin, es la única digna de ser amada, porque es la que tiene alma de niña. Hay una circunstancia, sin embargo, en que todas se confunden y todas parecen ejemplares de una misma figura de porcelana viva. Es el célebre día del octavo mes, en el cual, desde la primera hasta la última oirán, se ponen un vestido blanco y van a pasearse procesionalmente bajo los árboles de la calle principal. Otro dato curioso:

En este país, la cortesana tiene derecho a no entregarse a un hombre que la repugna. El caso de la bella Takao, que no quiso aceptar los homenajes del príncipe Dati, es proverbial. Así, pues, hay algo de conquista en el mercado de amor japonés. Más todavía: la mujer sabe aquí, aun siendo infame, tener pasiones e imponerlas. Cuando un hombre le dice que la ama, no debe serle infiel. Si lo es, se hace despreciable.

El último dato que nos da el *Anuario* es que, por las mañanas, cuando los parroquianos que pagan se van, llegan los amigos de corazón, y lo que la víspera era sitio de placer tumultuoso, conviértese en hogar tranquilo.

***

Una de las leyendas más lindas del Yosiwara es la de *Otzuni y el sacerdote Itsari*. Yo no conozco de esta leyenda sino la versión más o menos literal del doctor Tresmin Tremolieres. Eso me basta. Erase un bonzo joven que tenía gran fama de artista. Sus superiores le encargaron que hiciese una estatua de la diosa Kawanon, la de las cien manos, la todopoderosa y todomisericordiosa. Un día, en una fiesta popular, encontróse con la cortesana Otzumi, y se prendó de su belleza. Durante muchas noches no pudo dormir, pensando en ella. Al fin, loco de deseos, decidióse a ir al

su busca al Yosiwara, y para comprar sus caricias, le robó a la santa imagen de Kawanon su corona de oro. Al volver a su boncería, después de haber pasado una semana con la cortesana, fué asesinado por un ronín. ¡Pobre pecador! En pleno pecado, y sin los seis rin que se pagan por atravesar el Aqueronte amarillo, debió haber ido al infierno inmediatamente. Pero, por fortuna, el dios de los muertos conocía su genio artístico y admiraba su imagen de Kawanon.

—Vuelve a la tierra—le dijo—; vuelve a tu templo y conságrate a concluir la estatua divina.

Itsari obedeció. Meses y meses, años y años, trabajó sin descanso. La imagen estaba ya casi terminada. Las cien manos, en la actitud de la oración, elevábanse hacia el cielo, y eran tan delicadas, que los que las veían no podían menos que adorarlas.

Al fin, una noche, cuando ya creía su labor concluída, sentóse el pobre bonzo ante su obra. De pronto, una mujer entró en la estancia. Era una admirable oirán, vestida de ricas sedas.

—Otzuni—exclamó Itsari.

—Yo misma..., yo, que te amo aún.

Sus manos se juntaron. Sus labios se buscaron.

Al día siguiente, los bonzos encontraron muertos al pie de la estatua al escultor y a la cortesana. Y sin duda hubieran pensado que aquella muerte repentina era un castigo por haberse amado. Pero no fué posible creerlo. Las cien manos de la diosa, que la víspera hacían el ademán de orar, vueltas hacia el cielo, habíanse tornado hacia la tierra y bendecían a los amantes muertos.

***

No hay necesidad de ser un sabio en letras japonesas para descubrir a través de los libros el culto de este pueblo por sus cortesanas. En todos los cuentos y en todos los dramas en que figura una oirán, el autor trata de presentarla rodeada de una aureola de perfeciones. Las esposas suelen engañar a sus maridos, suelen vender a sus hijos, suelen mostrarse egoistas y falsas. Las horizontales, no. Cuando en el Yosiwara, los labios pintados dicen «te amo», el amor no concluye sino con la muerte, como lo hemos visto ya en las historias de mujeres célebres que el pueblo ha divinizado. Pero no hay necesidad de evocar los nombres augustos de las mártires del amor para ver lo que el país piensa de sus musmés. Aun las menos conocidas tienen algo de ídolos, algo de iconos. En el teatro aparecen como criaturas ideales. En la célebre pieza *Huma no Haru*, que es casi tan popular como los *Cuarenta y siete Ronines*, vemos, al principiar el acto más importante, dos cortejos, de una suntuosidad regia. El primero es el del daimio del lugar, que va a su palacio. El segundo es el de una oirán que, seguida de sus servidores, recorre la alameda de los criptomerias para tomar el fresco. Y cuando los dos grupos se encuentran, el orgulloso señor feudal baja de su palanquín y se inclina ante la vendedora de caricias con la más devota galantería. Es la usanza. Estos señores, rudos para con la esposa y desdeñosos para con la hermana, son rendidos adoradores ante las libres damas de los yosiwaras.

—Esto le extraña a usted—decíame un japonés muy culto—, porque no comprende nuestro modo de ver a las mujeres. Las que son nuestras, las que viven en nuestra casa, no tienen más misión que la de perpetuar nuestra raza. Son, si usted quiere, las más útiles servidoras del hogar. Pero el placer, la alegría, la voluptuosidad no anidan jamás bajo el techo conyugal. Son cosas que deben buscarse fuera, y que nosotros buscamos en los barrios que se llaman ciudades sin noche. La belleza, la gracia y las elegancias de nuestras cortesanas nos cautivan, nos dominan. El lujo de sus trajes halaga nuestro orgullo nacional. Su cultura, mucho mayor que la nuestra por lo común, nos obliga a oirlas con respeto. Así, cuando alguien tiene bastante dinero para pagarse el lujo de una perpetua fiesta voluptuosa, rescata a la oirán que más le gusta, y se la lleva a su casa como esposa o como concubina legal, seguro de que será feliz. Porque aquí las cortesanas son almas honestas, aunque a los europeos les choque que lo digamos y les parezca inocente que lo pensemos. Nuestro ilustre marqués Ito, por ejemplo, no viaja jamás sin una cortesana; y si alguien le preguntara por qué no lleva más bien a su mujer, le contestaría que una cortesana tiene las ventajas de una esposa, con más otras muchas. ¿Cree usted que hay un occidental célebre capaz de hablar así?

—Uno hubo—le contesté—. Fué uno de los más respetables y respetados hombres de Francia. Se llamó Próspero Mèrimée. Una tarde, como las señoras de la aristocracia le censuraban su afición por las grisetas, exclamó: «Je suis convaincu que ces filles ont des âmes aussi bien que les honnêtes femmes. Et pour le cops je suis obligé de dire qu'ils ont presque toujours l'avantage. Rendez-les riches et ils ne leur restera plus que leurs bonnes qualités.» Pero este hombre murió hace treinta años. Hoy, los literatos europeos no hablan de las vendedoras de caricias sino para vilipendiarlas.

—Los nuestros, al contrario—terminó mi amigo.

*
* *

Los europeos llaman a Utamaro el pintor de las casas verdes. En realidad, no sólo éste, sino otros muchos merecerían el mismo título. En todos los álbumes populares, las vendedoras de sonrisas aparecen ataviadas con sus más suntuosos trajes. El lujo exterior ha seducido siempre a los artistas en las oirán del Yosiwara. Estas mujeres, que no usan nunca joyas, y que reservan las pedrerías para adornar los amuletos religiosos, ponen todo su orgullo en ostentar vestiduras de una riqueza inconcebible. Las telas que se conservan en las colecciones europeas como reliquias de arte, no son sino retazos de kimonos que llevaron las cortesanas de Toyo-kuny, de Shuncho, de Harunobu, de Kiyonaga, de otros muchos.

Toyo-kuny fué, antes que Utamaro, y con tanta magnificencia como Utamaro, un pintor de cámara de las princesas de amor. Sus estampas, publicadas con el título general de *Yehon Imayo Sugata*, son las fiestas galantes del Yosiwara. En barcas floridas, bajo un cielo primaveral, las oirán lucen sus gracias y sus lujos con el orgullo discreto que conviene a las mujeres seguras de su omnipotencia. Nada más rico que esos conjun-

tos en que las sedas, los bordados y las lacas rivalizan. La proa de la galera es un dragón verde, con cuernos de oro. A bordo, en mesitas de jade, arden los pebeteros, cuyo humo se extiende a lo lejos en ondas aromáticas. Los remeros mismos contribuyen a aumentar la intensidad del efecto. Sus medias desnudeces paganas hacen resaltar el recato espléndido de esas mujeres, cuyos kimonos de brocados pesadísimos, de rígidos damascos, no dejan descubierto sino el rostro. Las cabelleras, que se erizan de alfileres de oro, que se constelan de adornos luminosos, lucen al sol como aureolas. En cada detalle se nota la preocupación de la riqueza. Es preciso que nada sea indigno de que un príncipe lo admire. Los mismos medallones de seda que indican en ciertos puntos del traje la casta de su posesora, son minúsculas obras maestras de artística paciencia.

Lo que Toyo-kuny busca en sus retratos de cortesanas de primer orden es, ante todo, la suntuosidad, el color, el lujo. En cuanto a la gracia íntima de la mujer, es preferible buscarla en otros artistas.

Moronobu es aficionado a las bocas que ríen. En su *Wakoku Hiaku Jo*, las musmés se consagran, en la más encantadora intimidad, a frívolas diversiones, que tienen la incoherencia de la vida real. En la misma habitación, mientras una canta al son de su guitarra tricorde, otra fuma una pipilla; otra se burla de un galán, cuyo retrato tiene entre las manos; otra se mira en el espejo; otra entorna, adormecida, los párpados. Sin duda en esto hay algo de caricaturesco; pero es una caricatura que no deforma, que se contenta con exagerar para producir una impresión profunda, y que a veces, ante ciertos rostros muy lindos, se detiene respetuosa, y en vez de exaltar lo desagradable, insiste en lo bonito.

Shunsho, fundador de una de esas dinastías de pintores que a través de los años llegan hasta nuestros días, hízose célebre, más que por sus kakemonos, por su álbum, titulado *Espejo de bellezas de las casas verdes*. Sus oirán no tienen la gracia noble de las mujeres de Toyo-kuny o de Utamaro. Son japonesas pequeñitas y redondas, algo plebeyas de aspecto, más envueltas en telas de una magnificencia fabulosa. Sus trajes rojos, cubiertos de bordados negros; sus fajas de damascos de oro; sus alfileres de cabeza en forma de flechas, de lanzas o de sables; sus mismos zapatos de laca causarían envidia a las más ricas favoritas de Daimio. Pero esos ojillos minúsculos y esas mejillas mofletudas, más parecen de sirvientas de hotel que de oirán aristocráticas. Hasta cierto punto, esto se explica por la condición social del artista, que pasó su juventud en las más miserables posadas de Tokío.

Kiyonaga, por el contrario, se complace en reunir en grupos silenciosos a las cortesanas de aspecto sacerdotal. En sus figuras no hay ni coquetería ni ligereza. Esas mujeres que se visten de sedas pálidas y que se inmovilizan en actitudes de meditación, no son hermanas de las alegres tocadoras de chamisen. Si estuviéramos en otro país, diríamos que sus rostros expresan la incurable tristeza de la vida en claustro de amor. Pero en el Japón esa tristeza no existe. Hay, pues, que suponer que cuando tan gravemente aparecen ante el artista que las inmortaliza, es porque pertenecen a la raza de aquella ilustre Takao que empleaba sus ocios en componer poemas místicos. Los paisajes mismos que estas mujeres escogen

como fondos de sus paseos vespertinos, tienen una austeridad que habría parecido árida a Hirosigue, el de los horizontes azules.

Harunobu no se contentó con pintar a las cortesanas en su vida aparatosa de la jaula de oro. Con simpatía las sigue paso a paso por la ruta algo monótona de la existencia cotidiana. Helas aquí en su *toilette* íntima, sin kimono, sin peinado, sin carmín. Sus pechos jóvenes parecen prematuramente marchitos. En sus ojos, las malas noches han dejado sus huellas. Unas cuantas horas después ya están vestidas. Sus trajes son quizá los más caprichosos del Yosiwara. En telas de colores claros nadan peces de oro, abren sus picos los mochuelos, los árboles enteros florecen, las sierpes enroscan. Pero esto, que podría parecer caricaturesco, está compensado por la elegancia melancólica de las expresiones. En cuanto entran en los sitios donde han de ser vistas, las oirán toman, en efecto, actitudes de indolencia aristocrática. Por eso sin duda, los caballeros que llegan de provincias las prefieren a las demás, y ante ellas permanecen con las bocas abiertas noches enteras. Uno de los álbumes de Masanobu explica tales actitudes y tal prestigio. Se titula: *Las lindas mujeres que son poéticas en el Yosiwara.*

Las mujeres de Hidemaro son más sencillas. Sus preocupaciones literarias no parecen tan grandes como su deseo de gustar. Así, en donde hay que verlas es en su *toilette*, cuando se pintan las mejillas de rosado, cuando se dibujan una ligera línea de oro que marca el labio superior, cuando arreglan con metícula paciencia los edificios de ébano de sus peinados, cuando estudian, llenas de escrúpulos estéticos, el lazo de sus fajas; cuando se quedan quietas ante su espejo.

Pero sin duda, más que ninguno, Utamaro adoró a la cortesana del Yosiwara. Sus pinceles tienen caricias para esos altos cuerpos. y en lo colores de su paleta hay ternuras voluptuosas.

—El hombre que dibujó esto—decía Goncourt a Hayashi—debe de haber sido un apasionado del cuerpo de la mujer.

Y Hayashi le respondió:

—Es cierto. De eso murió.

De eso vivió también. Sus únicos placeres eran los días que pasaba en el Yosiwara; los días o, mejor dicho, las noches. En sus estampas escogidas se ve su amor por los paisajes nocturnos. En la sombra azul, entre manchas más obscuras de grandes árboles y vagas claridades de ventanas lejanas, las linternas de colores constelan la gran calle del barrio. Los cortejos de cortesanas, a la claridad de los faroles, toman un carácter alucinante. A veces no se ve sino un rostro entre muchos fantasmas. Pero un rostro basta. La japonesa de este artista es la realización del ensueño que hacemos después de ver a Sada Yacco. ¡Cuánta esbeltez! ¡Cuánta elegancia! ¡Cuánta delicadeza! Las naricillas chatas y los carrillos inflados se han desvanecido. De la musmé de Shunsho no queda ya ni el recuerdo. Esta nueva oirán que Utamaro nos presenta, es de una gallardía que hace pensar en las altas figuras del Renacimiento florentino. El rostro es pálido. Los ojos no tienen nada de mongólicos. Son ojos negros, muy largos, muy estrechos, muy luminosos. Se dirían dos grandes ojos andaluces con los párpados entornados. La cabellera, sin dureza, sin tonos acei-

tosos, se presta a los peinados más artísticos y soporta muchos alfileres. El traje, en fin, el traje labrado, bordado, dorado, no tiene las rigideces de los de Toyo-kuny, sino que envuelve el cuerpo frágil y esbelto en un exquisita ondulación.

Sí, sin duda; Utamaro no es el único pintor del Yosiwara. Pero es el más poético de todos.

III

EL ESPIRITU REFINADO

No hay necesidad de ser un gran analista, ni siquiera un observador modesto, para descubrir que entre todas las virtudes sociales de los japoneses, la más generalizada es la cortesía. Desde que desembarcamos en un puerto cualquiera, comenzamos a ver las reverencias, las inclinaciones de cabeza, las sonrisas. Todo el mundo se ríe y todo el mundo se prosterna. Para darnos un dato, para responder a una pregunta, para ofrecernos un prospecto, para todo, a todas horas, en todas partes, una sonrisa, una reverencia. Y si de esto pasamos a los diálogos, tenemos que contar una palabra galante por cada frase y una inclinación de cabeza por cada palabra. Esta lengua, que no tiene ni insultos ni groserías, está, en cambio, llena de voces halagadoras. y esta gente, que cultiva el orgullo cual una religión, conoce las más humildes maneras de prosternarse. «Es un país de sonrisas y reverencias—dice Loti—; un país que corre hacia mil ceremonias de urbanidad y se hace cumplidos por el camino con un ardor que los europeos no conocen ni aun en tiempos de Pascua.» Y esto, que es lo que el viajero distraído ve desde luego en la primera calle, el que trata de penetrar en el alma nacional lo ve agrandado, en mil formas distintas, en el fondo de toda la vida japonesa. La cortesía es lo primero y lo último. En cuanto llegamos al hotel aprendemos a decir «señor criado» y «señor cochero». Luego, en circunstancias más difíciles, cuando nuestros nervios se crispan, encontramos a cada paso la lección de las sonrisas, la lección de la galantería, la lección de la suavidad. Las madres que vuelven de la estación de Shimbachi, de despedirse de sus hijos, que van a la guerra o al destierro, sonríen. Todo sonríe, todo se inclina en la vida real. Y si por desgracia llegamos a provocar algún odio, el que nos detesta también nos sonríe y se inclina.

Para comprender hasta qué extremo llevan los japoneses el sentimiento de la cortesía, hay que recurrir a las antiguas leyendas poéticas, en las cuales se ve que la naturaleza misma tiene, ante los caballeros que pasan, inclinaciones y reverencias. «Las olas—dice el *Heiké Monogotari*—se entreabrieron *respetuosamente*, para tener el *insigne honor* de absorber el cuerpo del príncipe.» Los samurayes que se detienen en el camino proporcionan a los árboles *la alta honra* de darles sombra. Los ríos *sienten el orgullo* de que los remos les *proporcionen el placer* de penetrar en sus aguas. Las flechas mismas, en las batallas, matan *humilde y respetuosamente*. Ni la cólera, ni el odio, ni la prisa disminuyen la rigidez de los ritos galantes. Un guerrero que va a perecer en una batalla, dice a su adversario: «Ven

con el más profundo sentimiento de admiración que vuestras tropas se han servido vencernos.» Y si el capitán dichoso le ofrece salvarle la vida en caso de que consienta en rendirse, el vencido contesta: «Perdonad que me atreva a no consentir en lo que me hacéis la merced de pedirme; mas es cosa indispensable que un caballero que pierde una batalla pierde también la vida; y así, os ruego que me concedáis la gracia de seguir peleando hasta que hayamos sucumbido todos.» Las fórmulas para solicitar un servicio son extraordinarias. A cada momento, en las cartas antiguas, vemos frases como ésta: «Tengo el honor de rogaros, humilde y respetuosamente, que os dignéis hacerme el favor de tener la bondad de condescender en hacerme la inmerecida merced de venir a cenar conmigo.» Las mujeres, las heroínas de las novelas, no terminan nunca una epístola sin escribir la frase corriente: *medé-takú-kasikú*, que significa: me despido, *temblando de regocijo*. Pero lo que mejor puede dar una idea de la cortesía epistolar es el texto que el catedrático Rosny traduce literalmente en su memoria sobre las letras japonesas, y que en castellano rezaría: «Dignaos obtemperarme el inapreciable privilegio de rebajaros hasta el suelo para acordarme, con vuestra inapreciable benevolencia, el invicto honor de gratificar a éste vuestro estúpido servidor con la inapreciable amabilidad de obtener de vuestra alma el favor de hacerme digno de elevarme tan alto, que pueda tributaros el modesto homenaje de mi profundo e inquebrantable respeto, inclinándome luego en el honorable polvo que pisan vuestros nobles pies.» Los campesinos mismos son corteses y floridos, como damas preciosas de Molière. En la biografía del poeta Baço hay una anécdota curiosa y significativa. Dos o tres leñadores detienen en pleno campo al inventor de los haikais, y le dicen: «Tu nombre anímático nos autoriza a tomarnos la libertad de implorar tus consejos.» Y no os figuréis que los escritores exageran al reproducir el lenguaje corriente. La cortesía es una religión nacional, que todos, desde el mikado hasta el *cooly*, respetan de un modo escrupuloso. Leyendo los libros de Kyuso, que Maselière comenta, vemos que en su época, las maneras de la corte se generalizan entre el pueblo, y que ni los más miserables saben insultar o mostrarse groseros. Los trabajadores se dirigen la palabra en términos corteses, empleando los diminutivos de que su vocabulario dispone. En cuanto a los samurayes, «su lenguaje es tan pulido y galano—dice Kyuso—, que el pueblo lo entiende apenas.»

Un militar desterrado tuvo que consagrarse en un isla lejana de la costa a los trabajos manuales, y aunque trató de adoptar el habla corriente de la plebe, no logró nunca hacerse comprender de una manera exacta por sus compañeros, que le tomaban por un loco. Según la gramática de las altas clases, las terminaciones de los verbos cambian conforme al género de respeto que se tiene que expresar. Decir «el criado *llevaba* un cesto» no es lo mismo que «el señor *llevaba* un sable». Las sílabas tienen sus reverencias y sus desdenes, sus respetos y sus altiveces, sus inclinaciones y sus muecas. Los eruditos discuten durante años enteros sobre el valor de los términos corteses o galantes. Para las costumbres refinadas hace falta una lengua llena de quintesencias. Todo está sujeto a leyes estrictas de etiqueta. Un noble puede matar, sin deshonrarse; pero no puede permitirse

un ademán grosero. ¡Qué digo! El mismo monarca es esclavo de los ceremoniales. «Que un rey no haga nunca un gesto contrario a las reglas» — dice Confucio. Y estas reglas, en el Japón, como en la China, son minuciosas y estrictas. Cada sonrisa, cada actitud, cada ademán, cada palabra, corresponden a un canon. Las famosas ceremonias de té de que hablan las antiguas novelas, y en las cuales los poetas y los samurayes hacían alarde de grandes maneras y de sutil ingenio, no eran sino torneos de cortesía. En el modo de tomar la cucharilla para echar el polvo de *divina planta* en la *deliciosa taza*, notábase ya el mayor o menor grado de cultura de cada convidado. El más nimio detalle respondía a un catecismo inviolable. Actores hubo que no debieron su fortuna sino a la elegancia con que representaron una de estas escenas. Hablando del popular cómico Itchikawa Danjuro, un panegirista dice: «Llegó a *saber* la galantería de una manera más perfecta que un príncipe.» La frase es una simple variante de las vulgares palabras que se oyen a cada paso: «Fulano *sabe* la cortesía», y que indican que la urbanidad es una ciencia. Se aprende a ser cortés, como se aprende a ser jinete, a ser químico. En el siglo XVIII, a la muerte de Iyenobu, discutióse largo tiempo en la corte si el hijo del difunto, que sólo tenía tres años de edad, debía llevar el luto como los príncipes adultos. El país entero se interesó en el asunto. El erudito chino Hayaci Sintai, consultado oficialmnete, respondió que sí; pero el gran maestro en asuntos protocolares, Hakuseki, fué de opinión contraria. Esto hace reir. Otras anécdotas hay que hacen llorar. Los casos en que un guerrero moribundo exige que sus compañeros lo mantengan inclinado, conforme a las reglas, mientras su jefe esté cerca de él, son frecuentísimos. ¡Y qué decir de esos miserables soldaditos agonizantes que encuentran aún fuerzas para sonreir a sus oficiales en el momento de exhalar el último suspiro! ¡Ah!, sin duda hay mucho de artificioso en el arte de ser cortés; pero al mismo tiempo, cuánto heroísmo, cuánta sangre fría, cuánto dominio de sí mismo! Los cuarenta y siete ronin que esperaron veinte años el instante de vengar a su señor, y que durante todo ese tiempo amasaron sufrimientos y humillaciones bastantes para agrandar el odio sublime que los animaba; los cuarenta y siete santos de la religión del rencor son los modelos clásicos de la calma urbana. Al conseguir hallarse solos ante el detestado príncipe Kotsuké, supieron dominar su sed de sangre, y haciéndole grandes reverencias, dijéronle: «Señor, nosotros somos los hombres de Taku-mi-no-Kami. Vuestra señoría no habrá olvidado que antaño tuvo con él una querella, de resultas de la cual, nuestro amo perdió la vida y su familia se arruinó. Como somos humildes y fieles servidores, nos vemos en la obligación de rogaros con el mayor respeto que os dignéis suicidaros en nuestra presencia. Uno de nosotros os cortará en seguida la noble cabeza, y la llevaremos todos al campo, para depositarla sobre la tumba de nuestro buen jefe.» Esto dijeron. Y como el príncipe no se dignó darse la muerte con sus propias manos, los vengadores se confundieron en excusas y lo decapitaron sonriendo. La palabra «sonriendo» está en el texto. Los japoneses sonríen siempre en los momentos graves. El personaje de Lefcadio Hearn, que decía sonriendo: «Ayer murió mi padre; pero no quise decírselo a usted por no molestar su alta atención

con mis miserables asuntos de familia», no es una invención. El boy de un secretario de la Embajada española enterró hace unas cuantas semanas a su hija mayor sin decir una palabra, y el mismo día sirvió con la sonrisa de siempre. ¿Pensáis que esto significa falta de ternura? En todo el mundo no hay padres más amorosos que los japoneses. Al sonreir obedecen a una regla estricta, que ordena no hablar de cosas penosas sin una sonrisa en los labios. «Las razones de esta ley—dice Hearn—son múltiples: en el espíritu del más humilde campesino está arraigada la seguridad de que dejar transparentarse una cólera o una tristeza, por grandes que sean, es siempre inútil, y a veces grosero. Así, cuando sorprendemos llorando a un hombre del pueblo, se apresura a secarse los ojos y exclama: ¡Perdonad mi falta de cortesía! Además de esta razón moral, hay otra estética, que obedece al principio del arte griego, que temperaba los gestos dolorosos.»

Tan cierto es esto, que aun en los cuadros que representan escenas de harakini, el protagonista sonríe siempre. Ni las torturas ni la agonía pueden crispar los labios del caballero.

En la descripción del suicidio solemne de Zensaburo, Mitford hace notar que, mientras todos los asistentes permanecían graves, la víctima sonreía. «Lentamente—dice—, muy lentamente, Zensaburo adelántase sonriendo, saluda con profundas reverencias a los que forman los grupos, luego se inclina al pie del altar, y por fin va a sentarse en la alfombra roja, donde debe abrirse el vientre.» Entonces, un amigo le entrega el sable tradicional, corto y afilado como una navaja de afeitar. «Yo soy el único culpable»—exclama—. Y la trágica expiación comienza. «Toma el arma—dice Mitford, con muestras de afectuoso interés—, y se hiere el vientre, de izquierda a derecha, sin prisa, haciendo al final una profunda inclinación de cabeza.» Esta reverencia sublime es la hermana de las otras inclinaciones frívolas que provocan las burlas de los viajeros. El hombre del Yamato no cambia de maneras en ninguna circunstancia. Lo mismo que saluda, mata; lo mismo que mata, muere. Desde que comienza a tener uso de razón, cultiva el dominio de sí mismo. Su máxima dominante es la palabra del *Dami Kasuta*. «Entre el general victorioso en cien combates y el hombre que logra un triunfo sobre sí mismo, este último es el más grande conquistador.» Y os aseguro que no hay un japonés, por humilde que sea, que deje de tener el firme deseo de ser, en este sentido, grande conquistador.

IV

EL HARAKIRI

«En una manifestación tumultuosa, un oficial de la Policía, encargado de defender el templo ruso de Tokío, dijo a los que amenazaban incendiarlo: «Si tal hacéis, yo y mis hombres nos suicidaremos en el acto»; y sacó su sable y sus subalternos le imitaron. Entonces la muchedumbre los vitoreó, y se alejó respetuosamente.

»Micayo Shibun.»

¿No os parece oir una leyenda antigua, una historia de tiempos remotos y corteses? ¿No evocáis ante esta hazaña la época aquella en que los partidarios de los Minamoto y de los Taira se abrían el vientre en solemnes *harakiris* para defender la entrada de un palacio? Sí; esto pertenece al Japón antiguo, y nos prueba que bajo los uniformes de paño siguen palpitando almas de guerreros legendarios.

¡Hablemos luego de europeización! Lo exterior, en ciertas cosas, en muy pocas, puede ser occidental. Lo del fondo sigue siendo de este Oriente, tan refinado y tan especial, tan altivo y tan galante, tan generoso y tan enigmático. «Mientras el harakiri viva—dice un poeta—, el antiguo Japón vivirá.» Y el harakiri vive. Ni ha desaparecido ni desaparecerá nunca. Es uno de los principios esenciales del código de la caballerosidad nacional, el más bello y el más estricto de todos quizás, puesto que no sólo demuestra heroísmo y orgullo, honor y dignidad, sino también espíritu de sacrificio y de desinterés. Los que se suicidan, en efecto, suelen hacerlo con altruísmo admirable. Dos ejemplos sublimes datan apenas de quince años. El primero es el de una mujer, Yoko Hata Keyama, que en 1891, después del atentado contra el zarevitz Nicolás, se suicidió en el sitio mismo en que el príncipe extranjero había sido herido, para probar que el país no era cómplice de aquel acto criminal. El otro suicidio es el del capitán Takeyosi, que se abrió el vientre después de escribir una carta al emperador, señalándole el peligro que hacía correr a la independencia nipona la expansión rusa en Extremo Oriente.

Y estos no son casos raros ni manifestaciones extraordinarias. En todos los momentos graves de la historia nipona, hombres y mujeres han hecho sacrificios igualmente ingenuos e igualmente divinos. Porque, dígase lo que se quiera, y créase en lo que se crea, un civismo igual, tan sencillo y tan excelso, no se encuentra en ninguna otra historia del mundo.

*
* *

En el Japón, los dioses mismos aman el suicidio. Cuando Suzanoo, dios de las tempestades, supo que su madre vivía en los infiernos, pidió a Izanami que le permitiera «llegar hasta la muerte», para poder abrazar a la

que le había dado el sér. Izanami se contentó con desterrarlo del cielo, condenándolo a vivir sobre las ondas amargas. Y la leyenda concluye diciendo: «Por eso las olas, por eso los aquilones dicen eternamente los lamentos del huérfano que desea morir.» Después de los dioses, son los príncipes. En tiempos fabulosos, la esposa de Yamato, heredero del emperador Keiko, se precipita al mar para calmar la furia de las aguas y lograr con el sacrificio de su vida que las naves que van a combatir a los ainos puedan salir del puerto.

Otro suicidio regio fué el del emperador Antoku, que comenzó a reinar en brazos de su nodriza, en 1181. El *Heikê Monogatari* refiere este suicidio en una página admirable. El monarca tiene ocho o nueve años. Sus tropas acaban de ser derrotadas. Su consejera le dice: «Es necesario morir, señor, puesto que la victoria favorece a vuestros enemigos.» Entonces el niño arregla sus cabellos, sueltos sobre su traje imperial, «color de paloma de la montaña», y derramando abundantes lágrimas, cruza sus brazos menudos. Primero vuelve la vista al este, y dice adiós al altar de Ise y al altar de Hatchiman. En seguida tórnase hacia el oeste e invoca el santo nombre de Budha. Cuando termina, su fiel Niidono lo toma en brazos, y avanzando hacia el borde del mar, le dice: «Hay una ciudad muy bella en el fondo del golfo, señor.» Al mismo tiempo precipítase en el espacio. El libro milenario concluye así: «¡Ay, qué desgracia! Los vientos caprichosos de la primavera se apresuraron a dispersar sus gracia augustas y soberanas; ¡ay, qué dolor! Las olas pesantes cubrieron en el acto el tesoro de su cuerpo!» Pero estas lamentaciones no son frecuentes en los poemas que relatan los suicidios famosos, y casi puede decirse que sólo se explican por tratarse de un niño. A los héroes, a los guerreros vencidos que en el último momento vuelven contra sí mismos sus armas para esquivar el cautiverio, la musa popular los corona de guirnaldas de flores de cerezo. He aquí a Tametomo, el arquero invencible que ha inspirado tantos dramas. Sus compañeros han caído todos muertos. Sólo él sigue de pie, lanzando sus flechas contra los enemigos. Pero, por sobrehumanos que sus esfuerzos sean, no pueden contener eternamente al ejército entero que lo rodea. ¡No importa! Mientras le quede un soplo de energía, continuará luchando. Su sable ha sembrado cien cabezas. Al fin, sus adversarios lo tienen entre las manos. «¡Ríndete, Tametomo!»—le gritan—. El sonríe y se abre el vientre.

Otro caso muy popular en la literatura japonesa es el de los servidores de Minamoto Yoshinaka. Este príncipe, menos estoico que sus contemporáneos, sabe, en medio de las fatigas de la guerra, pedir al amor algún alivio. Una noche se queda dormido en casa de su querida, en el momento mismo en que es necesario atacar al enemigo. Sus dos ayudantes, no atreviéndose a despertarlo, se suicidan en la puerta de su alcoba. Yoshinaka oye el ruido de los cuerpos que se desploman; levántase; corre al combate. Pero es tarde. Su carcaj sólo contiene ocho flechas. Después de lanzar la última, saca el sable y se atraviesa el cuerpo. El héroe más popular de la Edad Media, el Siegfredo del Japón, también se suicida. Su historia tiene una grandeza de leyenda. Su padre lo hace educar en un convento de Kurama-Yama. Un día, el sacerdote que le viste le entrega un hábito

negro. «Yo no quiero eso—exclama Yoshitsuné—; lo que quiero es una espada.» El monje le contesta riendo: «¡ Una espada ! ¡ Pero si no sabrías servirte de ella !» El niño calla y medita. No saber servirse de una espada le parece humillante. Es necesario que sepa. Y para aprender, se escapa del monasterio y se dirige a la montaña en donde vive el rey de los enanos, ogro voraz, que se alimenta de carne humana. Bajo el hábito negro, el niño lleva una espada. «Luchando contra ese monstruo—piensa—podré aprender.» En efecto, el enano lo ataca con furia, pero al fin sale vencido. Y Yoshitsuné le corta la cabeza y la lleva al sacerdote, para probarle que ya sabe servirse de una espada. Como la vida del convento no conviene a sus aficiones guerreras, se escapa de nuevo y recorre la provincia, batiéndose cada vez que encuentra oportunidad de hacerlo. Sus adversarios se declaran vencidos. Una tarde, un fraile guerrero le apuesta todo lo que tiene a que en un torneo le herirá diez veces seguidas. «Era un aventurero famoso, enorme y hercúleo—dice la leyenda—, que había hecho prodigios en las guerras civiles.» Yoshitsuné acepta. Al cabo de dos horas, ambos han recibido nueve heridas. «La décima es sólo para ti»—exclama el fraile, yéndose a fondo—; pero el niño para el golpe con una elegancia cortesana, y en la respuesta alcanza a su contrario en el hombro. La escena que sigue es digna de una novela de Alejandro Dumas. «¡ Por mi vida—exclama el monje militar—, de hoy más soy tu escudero y te sigo a todas partes !» «¡ En ese caso, un abrazo !»—contesta el hijo de Tokiva—. Y juntos los dos esforzados caballeros, continúan su camino en busca de aventuras, de guerras, de prodigios. En todas partes se distinguen por su arrojo. El pueblo, entusiasmado, los aplaude cuando los ve pasar. Las mujeres tejen coronas de flores para sus cascos. Esta popularidad irrita al poderoso Yorimoto, que decide hacer asesinar a Yoshitsuné y a su escudero. Cien ronin sorprenden a la heroica pareja. Después de una larga lucha, viéndose perdidos, el joven héroe y el viejo fraile se suicidan ante sus enemigos, cantando una canción antigua.

*
* *

Los suicidios son tan frecuentes en la literatura japonesa, que no hay necesidad de recurrir a libros de caballería o a historias guerreras para encontralos. He aquí, por ejemplo, una especie de Decamerón, que los historiadores atribuyen al mikado Kuazan, y que se titula *Yamato Monogatari*. El más popular de los cuentos que contiene es la aventura de la niña que tiene dos pretendientes. «Los dos—dice el imperial narrador—son tan parecidos de rostro y de cuerpo, que la bella se propone escoger al que mayor amor le demuestre.» Pero en este punto, la igualdad también es bastante grande para hacer imposible una preferencia. Los meses y los años pasan. Al fin, los padres de la niña le dicen: «Es un espectáculo que da lástima el de esos jóvenes, llenos de méritos y de amor, que se mueren de tristeza esperando tu sentencia. Ambos están de acuerdo para resignarse ante tu voluntad. Si tú escoges al uno, el otro se alejará en silencio.» La noche es muy clara. La ventana en que la familia hállase reunida

ta al río. La niña hace llamar a sus pretendientes y les dice: «En Dios en mi ánimo, os juro que vuestro amor me emociona profundamente. Si no de vosotros fuera superior al otro, por ése me decidiría; pero en todo sois el uno y el otro perfectos. Para decidirme, pues, no encuentro más medio que recurrir al azar, y así os ruego que apuntéis a aquel pájaro que vuela sobre el agua. Mi mano pertenecerá al que logre alcanzarlo c su flecha.» Los galanes toman sus arcos y tiran. Un servidor va en busc del pájaro, que ha caído herido. ¡Cuál no será la sorpresa de todos al ve que las dos flechas han penetrado en el mismo sitio! Entonces la desventurada joven canta una copla, que reza: «Cansancio de ver sufrir.—¡Cuál cruel eres!—Yo ya no quiero soportarte, y—me voy dichosa—para que los que me aman no sigan en sus tormentos.» Luego dice adiós a sus padres y a sus amantes, y se precipita al fondo del río. Los pretendientes piden en seguida permiso para suicidarse a los padres de la niña, y éstos, llenos de emoción, no pueden menos que otorgárselo.

Esto último, que hace sonreir a los europeos, es para los japoneses un rasgo de altísima distinción.

El suicidio, en efecto, tiene sus ritos y su etiqueta. Un caballero no se mata como un bellaco. Antes de hacerlo, lo comunica a sus amigos e invita a los mejores de entre ellos para que asistan a la suprema ceremonia. Los niños mismos, cuando son de buena cuna, saben ir a la muerte con la sonrisa con que irían a una fiesta. La historia verídica y popular del hijo del filósofo Kyuso merece ser referida. Este niño, que tiene catorce años, mata a un compañero de colegio de un sablazo. En el acto, su padre le ordena que se castigue a sí mismo, haciendo el clásico harakiri. «Te doy veinticuatro horas para cumplir con tu deber»—le dice Kyuso. «Está bien—contesta Kujoso—; mañana por la mañana todo estará concluído; pero hoy, permíteme que invite a cenar a mis amigos.» Durante la cena, la mayor animación reina entre los jóvenes. A eso de media noche, el anfitrión se pone de pie y pide permiso para retirarse. «Debo descansar un poco—les dice—, pues sería muy indigno llegar al harakiri con cara de trasnochado.» A la mañana siguiente, después de bañarse, de perfumarse, el niño se abre el vientre con un puñal que él mismo ha cogido, bello y luciente.

Otras veces, el suicidio es acordado como un favor, como una marca de simpatía. El daimio que va a morir escoge entre sus servidores a los que deben acompañarle en el viaje eterno, y éstos agradecen la distinción como una honra suprema. En la agonía—dice la historia—, Terumune llamó a sus veinte samurayes y les dijo que debían seguirle; y ellos, con lágrimas de gratitud, le dijeron que estaban preparados, y, en efecto, así lo probaron un día después en el templo de Sendai, donde se dieron la muerte junto al féretro de su jefe.

***

En un país que tuviera, como los pueblos musulmanes, una idea encantadora de la muerte y del otro mundo, esta voluptuosidad, este entusiasmo se comprendería. Cambiar la vida del desierto, áspera y difícil,

sin placeres, sin dulzura, sin alegría, por una existencia eterna de amor, de belleza, de lujo, de molicie, es una operación ventajosa. También es comprensible que los cristianos de la Edad Media, que no veían este mundo sino como un valle de lágrimas, se lanzasen hacia la puerta del Paraíso con un júbilo delirante. Pero el caso de los japoneses es distinto, casi es contrario, puesto que para ellos la vida no es un fardo difícil de llevarse, sino un placer perpetuo, un constante favor de los dioses. El budhismo, con su enervante perfume de opio, apenas ha embriagado estas almas. Su influencia, más que esencial, ha sido artística. Ha traído oros y esmaltes para los templos, que antes eran de maderas sin pintar; ha hecho vestiduras de brocados para los sacerdotes que forman las procesiones; ha poblado las montañas santas de altas pagodas rojas. Por eso los delicados habitantes de esta tierra lo aceptaron. Pero el fondo ascético apenas lo han visto. La raza es poco mística por temperamento. Sus dioses nacionales, los de la antigua religión sinto, son los héroes, los sabios, los poetas. «En los demás países que no se hallan bajo la protección de la buena Amaterasu—dice un poema traducido por Berard—, los espíritus del mal, habiendo encontrado el campo libre, pudieron poblarlo de supersticiones.» Y más adelante: «Nosotros somos desdeñosos de las vanas teorías y de las mentiras que otros pueblos adoran.» El único sentido religioso de los nipones, en efecto, es el de la naturaleza, es decir, el de la vida, el de la poesía. «La tierra—canta el mismo poema—es la madre, es el gran todo; de ella, las criaturas han recibido el sér y la fuerza; árboles y hombres, flores y pájaros, todo es lo mismo y todos somos los mismos.» Ningún misticismo en las letras y en las artes.

Fuera de la realidad, el mundo está poblado de quimeras, de trasgos, de gigantes y de dragones, que sirven para los poemas, para las leyendas, para los adornos; pero que no angustian las almas como los diablos católicos.

Un soplo pagano que parece venir de la Grecia antigua familiariza al pueblo con sus dioses. Los ritos no espantan; el misterio divino no hace temblar. En los conventos se goza, se trabaja, se vive. Los monjes pintan Kakemonos, en los cuales, deseando simbolizar las delicias del Paraíso, reproducen los jardines de Kioto, de Nara, de Kamakura. «Estos jardines—escribe Hear—, a pesar de sus lotos divinos y de los techos celestes de sus arquitecturas, hacen pensar en las casas de té de la ciudad.» Es cierto. Y esto consiste en que para seres ardientemente enamorados de sus flores, de sus pueblos, de sus placeres ordinarios, nada en el ensueño y en el ideal puede ser superior a la realidad. Los cantos religiosos están llenos de entusiasmo por la vida. A los que mueren temprano, el *Sano Yuara Kuchi Zouzami no-den* les dice: «¡ Oh, desdichados, que tan pronto emprendéis el triste camino de la eternidad, el camino del Meido!» Desdichados, en efecto. Porque el pueblo ama la vida en este Imperio delicioso.

Esto mismo hace más heroico, más sublime el sentimiento caballeresco que preside al harakiri. ¡ El que se mata, sacrifica un tesoro precioso en aras del honor!

Ninguna idea religiosa, ningún sentimiento de familia puede detener la mano del que *debe* suicidarse. Cuando el príncipe Audo, vencido por los Nita, dispónese a hacer harakiri, un servidor de la corte se presenta con una carta en que su sobrina, la mujer del jefe victorioso, le ruega que no se mate, y le ofrece grandes honores y riquezas. El vencido envuelve su puñal en la carta, y gritando: «¡no pareces de mi familia, puesto que me propones eso!», se clava en el vientre la hoja y el papel. En el teatro, el pueblo aplaude esta escena como una de las que mejor encarnan el alma heroica de la raza. Si Audo hubiera siquiera dudado un instante antes de responder a su sobrina, se habría deshonrado. Un minuto de debilidad hace perder la nobleza. En cambio, un acto sereno y heroico, la procura. El poeta Saikaku, después de contar la extraña aventura de Kiuroku, exclama lleno de entusiasmo: «¡Este simple pecador tiene un alma de señor feudal!» Ahora bien: ¿sabéis en qué ve eso el popular literato? En el modo de morir. Kiuroku sale una mañana en su barca, como de costumbre; pero luego, por la noche, no vuelve. Su mujer le espera días y días, meses y meses. «Ni un momento—dicen las crónicas—aquella mujer desdichada deja de llorar, deseando perder la vida.» Todo el vecindario admira su amor y su constancia. En las tardes, la ven sentarse en la playa, en el sitio en donde antes solía desembarcar su marido. Y así pasa el verano, y así pasa el otoño, y así pasa el invierno. Al llegar la primavera, nadie tiene ya duda de que el pescador ha muerto. Entonces todo el mundo comienza a decir a la viuda: —«Es necesario que te cases de nuevo; tú eres la más guapa de la aldea, y tu soledad nos entristece a todos.» Ella, al principio, jura por todos los dioses que no se quitará el traje de luto y que jamás renunciará a su soledad. Pero interviene la familia, y también, probablemente, interviene la primavera, gran aconsejadora de amores. Un buen mozo se presenta. Justamente es un amigo, un compañero del muerto. Las bodas se hacen. Los novios van a acostarse. Apenas se han metido entre las mantas, cuando el primer marido entra, lleno de júbilo, a la idea de que va a encontrar a su mujer, a su linda mujercita, que lo espera desde hace un año. Enciende una lámpara. El espectáculo que sus ojos ven le llena de tristeza. Ella le explica lo que ha pasado, se disculpa. «Está bien—murmura Kiuroku—; lo comprendo perfectamente... ¡Un año! ¡Y tan joven, tan bonita!... Por mi parte, he pasado mil tormentos.» Se sienta; cuenta la historia de su navegación azarosa, sonríe, da detalles, y cuando termina, con la mayor sencillez, sin gestos, sin violencia, sin gritos, sin locura, como quien cumple un deber ineludible, mata a su mujer, mata a su rival, y, por fin, se mata a sí mismo.

*
* *

Durante lo que se llama el período de Yedo, es decir, en los gobiernos de los primeros Sogun Tokugawa, el suicidio llega a convertirse en un acto tan frecuente como el duelo. Cualquier motivo hace sacar el puñal del harakiri. Una etiqueta solemne rodea el supremo instante. El que se mata busca padrinos, como el que se bate. En una sala amplia, en la mejor

de la casa, o en un restaurant, prepárase todo lo necesario. A veces se llaman bailadoras y tocadoras de samisen para que amenicen los preparativos. El que va a desaparecer recibe como para una fiesta, sonríe, acepta las felicitaciones. Porque son felicitaciones, son plácemes, y no pésames, lo que le llevan sus amigos. Durante algunas horas se habla de la moda, de la corte, de las novedades poéticas. Las cajas de laca de alto precio y los objetos de marfil en que algún artista picaresco ha esculpido escenas libertinas, pasan de mano en mano, y las risas, muy finas, se mezclan con los acordes de la guitarra de tres cuerdas. Al fin, el primer padrino anuncia que ha llegado la hora solemne. Los demás estrechan la mano del amigo, se inclinan ante él, le sonríen, reciben sus sonrisas. ¡Y es el harakiri! Cuando el suicida se ha abierto el vientre, el padrino, con su sable, le corta la cabeza.

¿Por qué motivo todo esto? Sin motivo ninguno en ciertos casos. Dos chambelanes se encuentran cierto día en la escalera del Sogun. Uno de ellos, que va de prisa, no saluda al otro, lo que significa que no lo estima como su igual en rango y abolengo. Entonces el ofendido clama: «¡Mi nobleza está en mi sangre, y ella me hace superior a ese hombre! ¡Voy a matarme!» Al salir de ver al príncipe, los cortesanos repiten estas palabras al chambelán ofensor. «¿Mi sangre inferior?—grita éste—. ¡Ya lo veremos! ¡Yo también voy a matarme!» Y ahí tenemos dos harakiris. Ya lo veis: no es necesario un motivo. La muerte es un deber social; suicidarse es un rito de cortesía mundana. Los ancianos, las mujeres, todos recurren al supremo argumento en cuanto encuentran pretexto para ello. La voluptuosidad de la sangre embriaga al pueblo entero, que adora como santos a los cuarenta y siete ronin.

***

Y estas costumbres no han desaparecido. Este mismo año, uno de los japoneses más eminentes, el barón Suyematsu, ha publicado, no diré un elogio, pero sí una defensa del harakiri tradicional. «En los casos graves—dice—, todo lo que el samuray puede pedir a su orgullo es morir sin mancillar su caballeresco origen. Y como el espíritu caballeresco es aún cosa corriente en mi tierra, cual se ha visto durante nuestras guerras, hay casos en que la muerte a la antigua es la más bella de las muertes.»

El mismo marqués Ito, que es el más *modernista* político nipón, habla con entusiasmo de su antiguo jefe Kubuhara Rizo, que supo suicidarse para demostrar su poca simpatía por los europeos, que comenzaban a llenar los puertos: «Más de una vez—dice Suyematsu—, el marqués me ha expresado su admiración por la bella muerte de aquel héroe.» Y en seguida nos explica lo que, a su entender, constituye la bella muerte. Oigámosle con respeto describir la ceremonia.

«Los casos más notables—escribe—son aquellos en que se trataba del suicidio de un gran señor, de un alto funcionario o de un guerrero ilustre.» Para tales ceremonias, el bakufú, o Gobierno sogunal, nombraba un testigo, y el suicida escogía entre sus parientes otro. En los palacios había siempre una estancia destinada a la trágica ceremonia. «Era necesario—

continúa Suyematsu—llevar un traje especial, que sólo entonces servía. El puñal o espada corta se colocaba invariablemente delante del sitio del que iba a morir, en una fuente nítida y blanca, que a manera de tablero quedaba en alto, sostenida por tres pies de marfil. Esto se llamaba *sambo*, palabra que significa mesa en que se guardan las ofrendas a los dioses de la religión sinto. No era necesario abrirse enteramente el vientre. Primero se hacían una incisión pequeña en línea horizontal. También solían hacerla en forma de cruz; pero esto era raro. La herida más superficial era la de mejor gusto, pues probaba habilidad y ligereza de mano. Como regla general, después de haberse practicado la incisión en el abdomen, la víctima hacía una ligera señal al kai-shatunin—o padrino—para indicarle que había llegado el momento de ejercer su ministerio. Este tenía su espada lista, e instantáneamente le cortaba la cabeza a su amigo. En el Japón no hay necesidad de pronunciar la palabra harakiri o seppuku, pues la que se usa con más frecuencia es ku-sum-go-bu, que quiere decir nueve pulgadas y media, medida exacta de los puñales que se usaban en esas ocasiones. El arma estaba, por lo general, envuelta en varias hojas de papel blanco, y sólo la punta quedaba descubierta. Lo correcto para hacer la incisión era coger el puñal con la mano derecha, y no por el puño, sino por la mitad de la hoja, cubierta con el papel. La manera de sentarse y de saludar a los espectadores en el momento de principiar la ceremonia, la de quitarse con pudor los vestidos de la parte superior del cuerpo, la de cubrir el arma y hacer el signo convenido al ksi-shatunin, eran actos para los cuales recomendábase la mayor delicadeza, y que formaban parte de la instrucción que todo samuray tenía el deber de recibir del maestro de ceremonias militares. El harakiri, en suma, era para los samurayes una ceremonia casi religiosa.

La importancia del ritual sólo puede comprenderse cuando, a través de la historia heroica del Yamato, se ven los sacrificios hechos en su honor. He aquí, por ejemplo, al señor de Choazemon, que habiendo sido vencido por su rival, se decide a suicidarse para no tener que rendirse. Entre sus amigos nadie trata de convencerlo de que aun puede vivir. Lo único que les preocupa a todos es que la ceremonia se verifique con la solemnidad y corrección propias de un gran noble. «El ceremonial es muy complicado—dicen—, y nuestro pobre amigo no lo ha visto nunca.» Entonces, uno de los capitanes de Choazemon se ofrece a suicidarse antes que su jefe, sólo para indicarle la manera más elegante de hacerlo. Se adorna una estancia, y el harakiri preparatorio se lleva a cabo ante el guerrero, que observa cada actitud, cada gesto, cada sonrisa, para poder hacerlo lo mismo. Al final, cuando su servidor expira, el noble capitán dice: «No se me olvidará nada.» Y, tranquilo, va a acostarse. Al día siguiente, levántase tan temprano como de costumbre. Se viste con sus más ricos trajes. Se perfuma. Escoge sus armas preferidas. Luego, sin despedirse de nadie, adelántase, acompañado de dos padrinos, hacia el pabellón en donde debe practicar el harakiri. Su vencedor manda a su encuentro varios capitanes, con encargo de invitarlo a almorzar. «Acepto con gran placer»—exclama el vencido—. Durante dos o tres horas, charla, come, bebe y se muestra tranquilo, como si estuviese en Kioto, en época de paz y de placeres. Al

final del almuerzo, despídese cortésmente de sus felices adversarios y sube al estrado en que sus podrinos le esperan para ayudarle a morir en belleza. Los poetas que cuentan esta aventura no pueden menos que extasiarse ante tanta corrección, ante tanta serenidad. «Aquel acto—dicen—fué sublime. Que nuestros hijos lo aprendan de memoria, para imitarlo si llega el caso.» Y esto, como es natural, llena de indignación a los comentadores ingleses de los libros japoneses. Pero, digan lo que quieran los europeos, el entusiasmo ante la muerte continúa y continuará durante muchos siglos en el Japón.

Cuando se trata de describir un harakiri célebre o de explicar los ritos del acto sangriento, en efecto, casi todos aplauden y todos se enternecen. En los relatos populares de la muerte voluntaria de samurayes y cortesanos hay verdadera voluptuosidad. Con un orgullo en que se transparenta toda el alma de la raza, el más humilde contador de cuentos, a la hora en que los trabajadores del río le rodean, refiere las bellas historias de los ronin que sucumben sin hacer el menor gesto de dolor, que sucumben risueños—y en su palabra se nota que él haría lo mismo si fuese necesario—, como se nota en los rostros de los que escuchan que todos envidian la suerte de aquellos que supieron morir con elegancia por un motivo fútil.

***

Uno de los más característicos ejemplos de harakiri es la historia del batallón de Aizu. En un momento decisivo de la guerra de restauración, los fieles servidores del Shogun habían resuelto vender muy caras sus vidas. Diez y nueve mozos, que apenas tenían diez y siete años de edad, formaron un batallón para luchar contra un ejército de más de mil hombres. Bien sabían que nada podrían hacer. Pero, decididos a morir por su señor, se despidieron de sus familias, festejaron su partida y juraron no separarse, cualquiera que fuese la suerte que el destino les reservara. Adoraron los cautro puntos cardinales, prosternándose veintisiete veces, y después, al grito de «Viva el Shogun», partieron, conducidos por sus jefes Hirata Naiki y Harada Katsuyoshi. No contaban con ningún socorro. Sin embargo, nada podía hacerles retroceder. «No se pueden contener las lágrimas—dice un japonés—, al recordar los actos de bravura que realizó ese joven batallón hasta que quedó enteramente destruído. Los soldados que lo componían sufrieron el hambre, la sed y mil otros tormentos. El enemigo rodeó al fin el bello castillo de Wakamatsu, en donde se encontraban, y muy pronto no se vió sino la torre. El ruido de los cañones hacía temblar las montañas y los ríos. Con las fuerzas agotadas por el combate y por los sufrimientos que habían soportado durante varios días, cuando ya no tenían más municiones, los héroes del batallón no podían continuar la resistencia. Nuestra misión ha terminado—exclamaron todos a una voz—; pero antes que sufrir la suprema vergüenza de caer vivos entre las manos de nuestros enemigos, juremos abrirnos el vientre y ofrecer el sacrificio de nuestras vidas a nuestro señor y padre.» Luego, hablando sin rencor de la inestabilidad de las cosas de este mundo, sacaron sus sables y se suicidaron.

El miedo a la muerte, ese miedo que domina al Occidente, no ha invadido aún el Japón. ¡Al contrario! Hay un libro célebre, que se titula *Vasobioyé*, en el cual un aventurero cuenta su viaje al país fantástico del No-Morir. «En aquel país—dice—no había muerto aún nadie; pero como las biblias de la China y de la India, que han llevado algunos viajeros, le han hecho saber que la muerte existe, se empeñan en conocerla, y, al fin, van lográndolo. Todos estudian el arte de morir, como nosotros los japoneses estudiamos la magia. Para llegar a su fin, se privan de alimentos, se encierran, se hieren. En las mesas de los ricos no se sirven más que venenos muy famosos, llevados de países lejanos, pero que, según creo, no les causan efecto sino muy de tarde en tarde. Con ciertos elíxires logran llegar a perder el conocimiento, como cuando nosotros abusamos de las copas de saké; y entonces exclaman, delirando de placer: «¡Así debe de ser la muerte!», y bailan llenos de ventura. La ocupación nacional es correr tras la muerte. La página es bella. Yo la leo a menudo, y me pregunto si no es un símbolo del Japón—me lo pregunto cuando evoco los cortejos de los samurayes, que buscaban antaño la ocasión de morir sonriendo—; me lo pregunto al recordar a aquellos soldaditos que ayer aun iban a la batalla cantando coplas de júbilo.

Gonte de Camillo

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

Fábrica de Corbatas

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.
Elegancia, surtido, economía.
Precio fijo.

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

FILTRO PARA AGUA ARSO

Beba usted únicamente agua depurada con el filtro ARSO, el que mayor rendimiento da.

Piedras para todos los sistemas de filtros conocidos

De venta: Casa ARSO

28, Cardenal Cisneros, 28.—MADRID

Señoras Con el uso del agua La Flor de Oro, se tiene siempre la cabeza sana y el cabello hermoso, abundante y negro.
Se vende en las perfumerías y droguerías.

COMPAÑY FOTÓGRAFO Fuencarral, 29.-Madrid

La Novela TEATRAL

publicará MAÑANA DOMINGO la

Última obra inédita

original de

FELIPE TRIGO

una comedia en tres actos, titulada

LA ETERNA VÍCTIMA

DIEZ céntimos.

USTED USARÁ POR RUTINA un dentífrico cualquiera sin dar la importancia que tiene a la higiene de la boca.

Si conserva sana su dentadura
MASTICARÁ BIEN

Si mastica bien
DIGERIRÁ BIEN

Si digiere bien
TENDRÁ SALUD

Si tiene salud
TENDRÁ BUEN SEMBLANTE

Quien tenga buen semblante
TIENE BELLEZA

Oxenthol

dentífrico admirable, a base de oxígeno, viene a romper viejos moldes, aunando las ventajas de ser producto de tocador que embellece y curativo de cualquier enfermedad de la boca.

Compare, ensaye, y si lo prueba usted lo usará.

Creación de la PERFUMERÍA FLORALIA Oficinas: Atocha, 14

Imprenta y Talleres de LA NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid.